

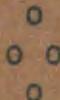
GFS-183-D

Silvia y el fantasma  
(mecnografiado)

SILVIA Y EL FANTASMA



ACTO PRIMERO.



SILVIA Y EL FANTASMA

---

Adaptación española de la  
comedia francesa de ALFRED  
ADAM en tres actos.

---



ACTO PRIMERO.

---

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

PERSONAJES



(Por el orden de su entrada en escena).



HECTOR . . . . .

LA CONDESA . . . . .

PANFILO . . . . .

ANICETO . . . . .

RAMIRO . . . . .

ROLANDO . . . . .

CLEMENCIA . . . . .

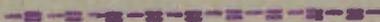
EL BARON . . . . .

SILVIA . . . . .

CLARA . . . . .

EL FANTASMA . . . . .

La acción, en los alrededores de una ciudad francesa



Epoca actual.



## ACTO PRIMERO

---

Una plazoleta entre la arboleda, en el parque de un castillo, cuya mole se divisa al fondo. Practicables en los dos términos, a derecha e izquierda. Un banco de piedra.

---

(Al levantarse el telón, nadie en escena. Se oye la voz de HECTOR, el mayordomo, que entra a los pocos momentos y se aparta para dar paso a la CONDESA.)

HECTOR.-

(Que lleva en la mano unos pliegos de papel.)

Entonces fué cuando se restauró este ala derecha.

(Entran)

A la izquierda de la señora condesa. Pero apenas terminadas las obras, estalló otro incendio, por segunda vez. El caballero Patricio de San Volfrán, Duque de Mauzines, que era el dueño del castillo, dudó antes de meterse en una nueva reconstruc-

ción de unos edificios que, por lo visto, apenas se terminaban, ardían con una alarmante regularidad. En resumidas cuentas, desistió de ello; y, dando por perdida esta ala derecha, optó por prolongar la izquierda para no desafiar al Destino.

CONDESA..-¿Está mi hermano aquí?

HECTOR..- El señor Barón no ha llegado aún, señora Condesa. Pues bien, iba diciendo que la precaución resultó inútil, porque unos meses después, estalló nuevamente el fuego de la misma misteriosa manera, siempre por la derecha, alcanzando esta vez hasta la torrecilla. Perseverando en su idea, el caballero Patricio de San Volfrán continuó edificando por un lado lo que iba perdiendo por otro. Esto explica por qué la torrecilla, que en un principio se hallaba a la izquierda, se alza hoy a la extrema derecha... A la izquierda de la señora Condesa. Pero lo que resulta más sorprendente aún...

CONDESA..-No se canse más, Hector. Nada puede sorprenderme ya, viniendo de mi hermano; ni siquiera la vista de esta tétrica fortaleza que

acaba de comprar.

HECTOR.- Pero el señor Barón...

CONDESA.- El señor Barón no hace más que tonterías.

HECTOR.- No forme la señora Condesa un juicio prematuro sobre esta mansión. A primera vista, parece tétrica; pero sus detalles... ¡Sus detalles son encantadores!

CONDESA.- ¿De veras?

HECTOR.- (Leyendo en sus papeles)

La naturaleza contribuye a ello con sus elementos propios... Aquí y allá, la yedra y el muérdago amenizan los ennegrecidos paredones; y, aunque varias veces el fuego ha devastado esta finca, la tierra, a fuerza de absorber cenizas, ha ido cobrando vida nueva... ¡y son las margaritas más bonitas y son las rosas más esplendorosas!

CONDESA.- ¡Oh!... ¡Qué romántico! ¿Lo ha redactado usted?

HECTOR.- Sí, señora. El señor Barón me ha enviado aquí para estudiar la historia del castillo.

CONDESA.- ¿Y lleva usted aquí...?

HECTOR.- Quince días, señora Condesa. Y no he per-

dido el tiempo, puede creerme. Ya lo sé todo: desde las trescientas ochenta y siete clases distintas de árboles, hasta la lista de los bastardos de los duques de Mauzines y el detalle de los tormentos que sufrían los condenados antes de ser decapitados en la torre. Todo está contenido en estos informes que envío diariamente al señor Barón.

CONDESA.- ¡Vaya una diversión! Mi hermano está loco.

HECTOR.- ¡Señora Condesa!

CONDESA.- Y usted, también. Yo esperaba que, para el cumpleaños de su hija, sabría moderar sus excentricidades; pero por desgracia.

HECTOR.- Por ese lado, puedo tranquilizar a la señora Condesa: todo está dispuesto para la fiesta de esta noche. He cumplido en todos sus detalles las órdenes del señor.

CONDESA.- ¡Eso es lo que me asusta! Pero, ¡qué le vamos a hacer! ¿Han llegado mis baúles?

HECTOR.- Están en su aposento, al cuidado de Clemencia, puesta a disposición de la señora Condesa. El aposento es el llamado

"Príncipe de Prusia". Piso bajo, ala derecha.

CONDESA.- Entonces, ¿la fiesta?...

HECTOR.- Se celebrará en el mismo piso bajo.

CONDESA.- Pero yo he pedido una habitación lo más apartada posible. Quiero descansar. Tras lédeme a un piso alto.

HECTOR.- No puedo, señora. El primero se halla completo con los aposentos de la señorita Silvia y del señor Barón; y en cuanto al segundo... es inhabitable.

CONDESA.- ¿Inhabitable? ¿Por qué?

HECTOR.- (Recurriendo otra vez a sus papeles.)

Tendría que remontarme al año mil quinientos setenta y dos para hallar el origen de esa dificultad.

CONDESA.- (Cortándole)

Es demasiado lejos. Voy a ver la habitación; pero mucho me temo que va a tener usted el sentimiento de tacharme de la lista de los invitados.

HECTOR.- ¿Acompaño a la señora Condesa?

CONDESA.- No, gracias. Prefiero que se quede con sus estupideces.

(Hace mutis por el segundo término derecha, dejando a Hector como petrificado.)

HECTOR.- ¿Eh?

(Después de una breve reflexión)

Eso es que me ha llamado estúpido. ¡No puede ser! La señora Condesa está ofuscada.

(Inicia el mutis tras ella; pero le detiene el bisbiseo de PANFILO, que entra cautelosamente por el primer término izquierda.)

PANFILO.- ¡Chssst! ¡Chssst!...

HECTOR.- ¡Caracoles! ¿De dónde sale usted?

PANFILO.- (Con misterio)

De la espesura. ¿Usted está al servicio del señor Barón?

HECTOR.- Soy su mayordomo.

PANFILO.- ¿Está ahí?

HECTOR.- El señor Barón no ha llegado aún. Pero, ¿usted quién es? ¿Qué desea?

PANFILO.- Necesito verle. Me ha citado aquí.

HECTOR.- (Modificando su primera actitud hostil.)

¡Ah! ¿El señor es un invitado de última hora?

PANFILO.- ¿Invitado? Me parece que no. ¿Hay alguna fiesta?

HECTOR.- Celebramos esta noche los veinte años de la señorita...

PANFILO.- ¿La hija del señor Barón?

HECTOR.- La señorita Silvia, sí señor. Si el señor me hace el favor de decirme su nombre...

PANFILO.- Eso es justamente lo que no puedo.

(Pausa)

No tardará el Barón, ¿verdad?

HECTOR.- Seguramente, no. ¿Quiere el señor seguirme hasta el castillo?

PANFILO.- No, no. Prefiero quedarme aquí. Son... indicaciones del señor Barón.

HECTOR.- (Intranquilo)

El señor habrá recibido alguna tarjeta invitándole...

PANFILO.- ¡Claro, hombre! Aquí está.

(Busca en su bolsillo, saca un sobre, y, de éste, una hoja de papel, que mira.)

Pero... no se la puedo enseñar.

HECTOR.- En ese caso...

PANFILO.- Puedo enseñarle el sobre.

(Lo dobla en cuatro y se lo en-  
(seña a Hector.

Vea usted: el escudo del Barón. Aquí em-  
pieza lo escrito. Usted conocerá su le-  
tra.

HECTOR.- Esta es.

(Pánfilo retira el papel; y am-  
(bos se quedan mirándose como  
(unos tontos.

PANFILO.- Hermosa tarde ¿verdad?

HECTOR.- Hermosa...

PANFILO.- Los atardeceres en esta época del año...

(Con una transición)

¿El barón ha comprado este castillo?

HECTOR.- Sí.

PANFILO.- ¿Recientemente?

HECTOR.- Sí, hombre. ¿Por qué?

PANFILO.- Por nada. Es precioso. Castillo de Mau-  
zines... mil doscientos ochenta y cinco..  
Ha ardido tres veces.

HECTOR.- Cuatro.

PANFILO.- No señor, tres. La última vez no fué  
incendio. Fué derrumbamiento. ¡La hu-  
medad!

HECTOR.- ¿Usted conoce este castillo?

PANFILO.- Este y otros muchos. A mí me interesan

las grandes propiedades...

HECTOR.- Ya...

PANFILO.- El trato con la gente de dinero...

HECTOR.- Ya... ¿De verdad no quiere acompañarme al castillo?

PANFILO.- Espero aquí al señor Barón.

HECTOR.- Como guste el señor. He de ultimar los preparativos. Los puestos en la mesa, la música, las luces...

(Aparte, haciendo mutis por la  
(segunda derecha.

¿Quién será este tipo?

{Apenas Hector ha desaparecido,  
(Pánfilo se dirige de puntillas  
(a los árboles del primer tér-  
(mino de la izquierda, y, des-  
(de allí, chista, como antes.

PANFILO.- ¡Chssst! ¡Chssst!...

(Inmediatamente salen por allí,  
(en fila india, andando tam-  
(bién de puntillas y rítmica-  
(mente, ANICETO, RAMIRO y RO-  
(LANDO. Los tres son aproxima-  
(damente iguales de estatura  
(y visten, como Pánfilo, de  
(americana, pero evidenciando,  
(cada cual a su modo, lo modes-  
(to, humilde o misero de su in-  
(dumento.

LOS TRES.- ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Un, dos!

(Siempre en voz baja)

PANFILO.- (Enérgico, pero "sotto voce".)

¡Alto!... ¡Al!

(Se detienen los recién llega-  
dos y deshacen la formación.)

RAMIRO.- ¡Conmigo no, señor! ¡Conmigo, no!

ANICETO.- Desde hace una hora estamos jugando al  
escondite como unos idiotas.

ROLANDO.- Sin embargo, el parque es bonito. Un pa-  
seo por un parque siempre es atrevente.

RAMIRO.- Pero, ¿puede saberse a qué hemos venido  
aquí?

ANICETO.- ¡Eso! Aquí, Don Galaor, le ha dao en la  
yema.

PANFILO.- Un momento. Es un momento nada más. Es-  
peramos al Barón; al dueño de ese cas-  
tillo.

ROLANDO.- (Mirando)

¡Qué hermoso!

RAMIRO.- ¿Quién?

ROLANDO.- El castillo.

~~RAMIRO~~.- ~~¿Qué?~~

ANICETO.- ¡Vamos! ¡Miá que decir que eso es her-  
moso!

ROLANDO.- ¿No?

ANICETO.- ¡Es una birria, hombre! Como no sea por

dentro... Pué que allí tropecemos al Barón.

(Inicia la marcha hacia el fondo;  
(pero Pánfilo le detiene.

- PANFILO.- ¡Quieto! Primera condición; ya la sabéis. ¡No podemos ser vistos por nadie!
- RAMIRO.- ¡Y que uno tenga que oír estas cosas!...
- ANICETO.- Pero ustedé nos ha hablao de una fiesta...
- RAMIRO.- ¡De una fiesta maravillosa!
- PANFILO.- Maravillosa... y nutritiva.
- ANICETO.- Eso ya me impresiona.
- ROLANDO.- Yo no comparto vuestra curiosidad. No tengo prisa por salir de dudas; Lo maravilloso es poder moverse en este mundo encantador no teniendo personalidad definida. Puede uno considerarse un invitado, un amigo íntimo del dueño... ¡o el mismo dueño si se quiere!
- RAMIRO.- ¡Exacto! El duque, el marqués, el conde...
- ANICETO.- Y el pinche de cocina pa fregar los platos. ¿Qué te has figurao?
- ROLANDO.- Me imagino que hemos vuelto a la Edad Media. El castellano de este castillo celebra una gran victoria. Ha mandado recorrer los campos para que acudan los

trovadores a su fiesta. Aquí estamos. El festín está terminando; al caer la tarde empezaremos a cantar nuestras serenatas, al pie del castillo...

RAMIRO.- (Fanfarronamente, como si tocara en un laúd.)

Trá, lá, lá, lá, lá... ¡Trá, lá, lá, lá, lá!

ANICETO.- Cántale "Doña Mariquita de mi corazón", que es más moderno.

ROLANDO.- No tenéis imaginación. ¿No os véis en los salones del palacio rodeados de damas con bonetes picudos, que nos hechizan con sus miradas? ¿No os suponéis ante una mesa ubérrima, cargada de manjares?

ANICETO.- Oye: que éste abre los ojos tó lo que puede y no vé nada.

RAMIRO.- (Siempre enfático)

Ni veo cosa alguna, ni comprendo qué podemos hacer aquí.

ROLANDO.- ¿Tú qué hacías antes?

RAMIRO.- Boxear.

ANICETO.- ¿Boxeador? ¿Con esa cara de panoli?

ROLANDO.- ¿Con esa nariz?

RAMIRO.- Es que soy el as de las peradas. ¿Un directo a la cabeza? ¡Zás!

(Como esquivando un puñetazo)

¿Otro directo al estómago? ¡Zás!

(Idem)

Y la nariz... ¡siempre imperturbable!

ANICETO.- En la Ferro te querría yo ver. ¡Madrid de mi alma!

RAMIRO.- Primero, acróbata; luego, contorsionista... ¡Hoy, boxeador!

ROLANDO.- ¡Cosa más notable!...

FANFILO.- ¿El qué?

ROLANDO.- Este, boxea; tú, bailas...

(A Aniceto)

ANICETO.- Bailaba.

ROLANDO.- No niegues que te has ganado la vida de bailarín. Y yo, escribo, o mejor dicho, intento escribir.

RAMIRO.- ¡Difícil empeño!

ROLANDO.- ¿Escribir? ¡De ningún modo! Lo difícil es que nos lean.

ANICETO.- Y mucho más que os entendamos.

ROLAN.- Lo que resulta notable es que, con gustos y oficios tan diversos, estemos aquí esperando la misma misteriosa tarea.

RAMIRO.- Por lo visto, somos tres hombres en uno.

ANICETO.- ¡Eso es! Tú trabajas con la cabeza; tú, con los puños, y yo con los pies. ¡Tos escribimos!

ROLANDO.- Pero el señor Barón, ¿conoce nuestras habilidades?

PANFILO.- El señor Barón sabe únicamente que estáis muertos de hambre.

ANICETO.- En eso no se equivoça el señor Barón.

CLEMENCIA.- (Dentro)

¡Héctor! ¡Héctor!

PANFILO.- (Rápido)

¡Chssst! ¡Chssst!

(En voz baja, como antes)

Alguien se acerca. Recordemos la consigna. ¡No podemos ser vistos! ¡No podemos ser oídos!

ANICETO.- No podemos ni respirar.

CLEMENCIA.- (Más cerca)

¡Héctor!

PANFILO.- Al escondite otra vez. ¡Un, dos! ¡Un, dos!

LOS TRES.- (Siguiendo a Pánfilo de puntillas y en fila india.

¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Un, dos!...

(Hacen mutis por el primer término de la izquierda.)

CLEMENCIA.- (Que sale por el segundo término del mismo lado.)

Pues tampoco está aquí. ¡Señor Héctor!...

HECTOR.- (Por el segundo derecha)

¡Clemencia! Me daba el corazón que andabas por aquí.

CLEMENCIA.-A usted le daba el corazón; pero yo le daba no sé cuántas voces, ¡y no el menor susurro!

HECTOR.- ¿Qué me querías, Clemencita?

CLEMENCIA.-La señora Condesa le llama.

HECTOR.- ¡Vaya por Dios! ¿No ha producido efecto el aposento "Príncipe de Prusia"?

CLEMENCIA.-Sí que lo ha producido. ¡Si hubiera usted oído las cosas que me ha dicho!...

HECTOR.- ¡Pobre chica! ¿Y tú, qué culpa tienes?

CLEMENCIA.-Eso digo yo; pero a mí me tocó la china. Por eso, en cuánto habló de usted, salí escapada del cuarto en busca suya.

HECTOR.- ¿Es piropo?

CLEMENCIA.-No se guasée usted, que está furiosa.

HECTOR.- Tranquilízate, Clementita, y no me prives tan pronto de este ratón providencial.

CLEMENCIA.-Señor Héctor...

HECTOR.- Desde esta mañana no he podido verte a solas. ¡Gracias a Dios que al fin puedo decirte que no he dejado de pensar en tí!...

CLEMENCIA.-¡Por favor!...

HECTOR.- Tú me has visto estudiar. Esas grandes enamoradas, cuyo misterio iba penetrando poco a poco, reencarnaban en tí. Eras para mí, sucesivamente, la Duquesa de Mauzines, Isabel de Virtudes y hasta la rústica amante del caballero de San Florencio, que todas las tardes esperaba, sentada en un banco, -acaso este mismo,- a su hermoso amante enmascarado.

CLEMENCIA.-Señor Hector: me da usted miedo. Me espera la Condesa en el castillo.

HECTOR.- Dejemos el castillo y la Condesa. Ahora se trata de nosotros. ¿No hallaré en tu pecho un eco para mi cariño? Por las noches te llamo; te llamo inutilmente: ¡te llamo y no vienes!

CLEMENCIA.- (Alejándose de él)

¡Cuidado! El que viene es el señor Barón.

HECTOR.- Un siglo le llevo esperando, ¡y llega ahora demasiado pronto!

BARON.- (Que entra por el primer término (no derecha).

¡Buenas tardes, Héctor! Buenas tardes, Clemencia...

HECTOR }  
CLEMEN }- ¡Señor Barón!

HECTOR.- (Por Clemencia)

Había venido a llamarme de parte de la señora Condesa.

BARON.- ¿Ha llegado mi hermana?

HECTOR.- Sí, señor Barón. Pero no le agrada el aposento.

BARON.- Mejor; así se marchará y nos dejará tranquilos.

CLEMENCIA.- Eso dice *ella*; que se marcha.

BARON.- No caerá esa breva. Dígale a la señora Condesa que yo mismo iré a saludarla. Anda usted.

CLEMENCIA.- (Haciendo mutis por el segundo término derecha.

Bien, señor Barón.

BARON.- ¿Cómo llegó mi hermana tan pronto?

HECTOR.- Quería conocer el castillo.

BARON.- ¿Qué le ha parecido?

HECTOR.- Lo encuentra tétrico; y dice que carece de interés.

BARON.- Mi hermana está loca. Ya lo sabe usted.

HECTOR.- Señor Barón...

BARON.- Y huelga decir que sigue criticándome por la fiestecita...

HECTOR.- Me ha dado a entender que está preparada para lo peor.

BARON.- Nunca me ha podido comprender. Y habría sido una mujer encantadora si hubiese poseído la facultad de soñar. ¡No soñar, Héctor!... De noche, vamos, pase: dice que así duerme mejor. Pero, ¡de día! ...sin un adarme de fantasía, ¡sin una brizna de imaginación! Ella ha educado a mi hija. Desde luego, mal; muy mal. A pesar de lo cual, se lo tengo que agradecer. Iré a ver a la señora Condesa dentro de un ratito; pero antes hablemos de nuestros asuntos.

HECTOR.- Todo está preparado para recibir a la señorita.

BARON.- ¡Silvia de mi alma! Me he adelantado a ella unos minutos, para atender los últimos detalles.

HECTOR.- Todos están resueltos: desde la colofonia para las cuerdas de los violines y la cerilla para el primer cohete, hasta la serie de retratos de los antepasados del señor Barón, que esperan en el salón de fumar la hora de comenzar las diversiones.

BARON.- Perfectamente, perfectamente... Y dígame otra cosa, Héctor. ¿Nadie ha preguntado por mí?

HECTOR.- Sí, señor Barón.

BARON.- Un hombre, ¿verdad?

HECTOR.- De aspecto un tanto misterioso. Me dijo que tenía una invitación, pero no me la quiso enseñar. Tampoco logré saber su nombre.

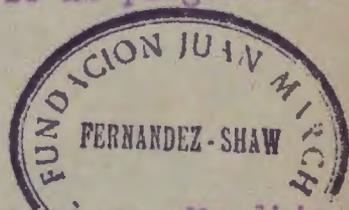
BARON.- Vaya a llamarle.

HECTOR.- Se quedó aquí; pero ha desaparecido. Le buscaré, si lo manda el señor Barón.

BARON.- Prefiero que antes hablemos. ¿Ha tenido usted nuevos informes?

HECTOR.- Mi investigación termina con una victoria. Acabo de aclarar el misterio del segundo piso.

BARON.- ¡Hombre! Esto es fundamental.



HECTOR.- No quise decir nada al señor Barón hasta tenerlo todo ultimado. ¡Esto es un hecho!

BARON.- Cuento, cuento...

HECTOR.- (Acudiendo a sus apuntes)

Se trata de dos <sup>informes</sup> ~~trabajos~~ de indiscutible autoridad. El uno, <sup>del</sup> Doctor Brioghón, es un notable estudio sobre "Las vidas que no se acaban"; y el otro, de un urbanista del siglo XVIII, trata "De la dificultad de establecer cañerías de agua en las casas que tienen más de un piso".

BARON.- Bueno; pero, a lo que importa...

HECTOR.- Estos documentos, diametralmente opuestos entre sí, me han permitido, con mis conocimientos del lugar, reconstituir punto por punto la espeluznante historia. En la segunda mitad del siglo XVI, Gontrán de Toucy, señor despótico y cruel, vivía en este castillo con su joven esposa Isabel de Virtudes. Pero un día tuvo que incorporarse al Ejército para una campaña lejana. Celoso y brutal, el caballero encerró bajo siete llaves a

su desgraciada esposa. Y partióse para la guerra, cometiendo la imprudencia de dejarle a Isabel un paje.

BARON.- La historia de siempre.

HECTOR.- Permitame el señor Barón: ésta se libra de la vulgaridad corriente. Buen mozo de por sí, este paje tenía, además de una gracia especial para componer madrigales, profundos conocimientos de cerrajería, que entonces era una verdadera ciencia. Para él fué un juego devolver a su señora la plena disposición de su persona íntegra.

BARON.- Ya está visto.

HECTOR.- Claro. Al recuperar Isabel la flexibilidad de sus articulaciones, se empeñó en demostrarle prácticamente su gratitud al bello paje; con lo cual la felicidad hizo su entrada en aquella mansión. Pero al poco tiempo anunció su regreso el señor de Toucy. Para proteger sus pecaminosos amores, Isabel y el paje resolvieron preparar al esposo una sonada acogida. Todas las puertas del piso segundo fueron provistas de cerraduras diabóli-

cas, en cuya pronta construcción derramó el paje verdaderos tesoros de ingenio.

BARON.- ¡Vaya!

HECTOR.- Lo que está usted oyendo, señor Barón. Al llegar Gontrán, su esposa, desde la ventana más alta del castillo, le hizo señas de que subiese. El brutal caballero, ahogándose y congestionado, penetró como un torbellino en la escalera de la torre y trepó hasta el piso segundo... Lo que entonces ocurrió nadie lo sabe con certeza. Las puertas volvieron a cerrarse, emparedando para siempre al señor del castillo, mientras que, en los pisos inferiores, Isabel y el paje reanudaban sus voluptuosos dños de amor. ¿Qué es lo que había quedado arriba? ¿Un energúmeno? ¿Un hombre? ¿Un cadáver?

BARON.- Esto es dramático.

HECTOR.- Pero no es todo. Años después, cuando Isabel y el paje habían abandonado el castillo, se consiguió forzar una de las puertas cerradas. ¿Se figura el señor Barón el estupor de estos primeros

curiosos?

BARON.- No me figuro nada, Héctor. ¿Qué había?

HECTOR.- Pues había... que no había nada... que no hallaron nada.

BARON.- ¿Cómo?

HECTOR.- Ni el menor vestigio de Gontrán... Ni siquiera su esqueleto.

BARON.- ¿Desaparecido?

HECTOR.- ¡Volatilizado!

BARON.- Es prodigioso. ¿Y no ha vuelto a parecer nunca?

HECTOR.- ¡Nunca! Al menos, no consta en ningún documento.

BARON.- Gracias, Héctor. Ahora respóndame a una sola pregunta.

(Acercándose como para sorprender la más ligera reacción.)

¿Usted duerme bien?

HECTOR.- Yo, muy bien. Agradezco al señor Barón el interés que se toma.

BARON.- Entiéndame. Quiero saber si, durante su estancia aquí, usted ha dormido bien.

HECTOR.- He dormido, sucesivamente, en todas las habitaciones del castillo, siguiendo las instrucciones del señor Barón... Y mis

noches han sido excelentes.

BARON.- Entonces, ¿nada ni nadie ha turbado su reposo?

HECTOR.- ¿Le han venido al señor Barón con chismes sobre mi conducta?

BARON.- ¡No, hombre, no! No se trata de eso. ¿Podemos subir al castillo?

HECTOR.- Ahí viene el hombre de antes.

BARON.- Es verdad. Déjenos. Héctor. Vaya usted solo; y evite a la señora Condesa cuanto pueda. Luego la veré yo.

(Héctor se inclina y hace mu-  
tis por el segundo término  
(derecha. El Barón se vuelve  
(hacia el primero de la izquier-  
da, por donde aparece PANFILO.

¡Mi querido Pánfilo!

PANFILO.- Mis respetos, señor Barón.

BARON.- ¿Viene solo?

PANFILO.- He dejado a mis compañeros ocultos en el parque.

BARON.- Bien. Así le explicaré primero de lo que se trata.

PANFILO.- Cumplí sus órdenes, señor Barón; pero reconoceré que eran harto misteriosas.

BARON.- No me era posible decir más.

PANFILO.- (Sacando del bolsillo la carta)

Sin embargo...

(Leyendo)

"Venga inmediatamente lugar indicado con tres sujetos decididos a todo. Discreción absoluta". Ni más ni menos.

BARON.- Pero había una posdata.

PANFILO.- Una posdata que dice: "Que sean aproximadamente del mismo cuerpo". No creo que sea una aclaración.

BARON.- Ahora va usted a comprender, Pánfilo. Quiero pedirle un favor grande; y el solo hecho de que me dirija a usted, prueba la consideración en que le tengo.

PANFILO.- Ya conoce el señor Barón mi lema: -"Lo que sea, cuando sea ¡y por quien sea!".

BARON.- Sí: -"¡Y el que no lo vea, que no lo crea!" Esta noche celebro el cumpleaños de mi hija; y, entre varios regalos, quiero ofrecerle este castillo... con todo.

PANFILO.- Bien.

BARON.- Pero resulta que el castillo... no tiene fantasmas. ¿Dónde ha visto usted un castillo de la Edad Media sin fantasmas?

Por eso cuento con usted.

PANFILO.- ¿Conmigo?

BARON.- Pánfilo: yo necesito un fantasma.

PANFILO.- (Asombrado)

¿Cómo?

BARON.- ¡Para esta misma noche!

PANFILO.- ¡Pero eso, señor Barón!...

BARON.- ¡No me lo va usted a negar!

PANFILO.- Yo trabajo exclusivamente en cosas concretas. ¿Cómo quiere que le proporcione semejante artículo?

BARON.- Vamos por partes. ¿Usted me ha traído a los tres individuos que le pedí?

PANFILO.- Sí señor.

BARON.- Pues, con los tres, vamos a fabricar un fantasma.

PANFILO.- (Como antes)

¿Qué?

BARON.- Vamos a dar a los demás la ilusión de que un fantasma habita en el castillo.

PANFILO.- ¡Señor Barón!... Esta clase de trabajo no es de mi incumbencia. En tres ocasiones apeló usted a mis servicios y creo que en las tres obtuvo cumplida satisfacción.

BARON.- ¡Pues por eso!

PANFILO.- Pero ya no se trata de Olga, la potra asombrosa que pasó triunfante los colores de usted por los hipódromos; ni de Selim Ben Acá, el único cocinero indio que logró satisfacer su gusto por los guisados con cari; ni del famoso Pterogón, la última mariposa que le faltaba para completar su colección de insectos. Jamás falló mi buena voluntad. ¡Pero el caprichito de hoy!...

BARON.- Escúcheme. No se trata de ningún capricho. Usted sabe lo que quiero a mi hija, y usted no ignora que, sin madre, sólo mi hermana pudo influir en la educación de su alma. Pero la Condesa está loca, Pánfilo; loca de la más peligrosa locura: la que consiste en no tener ni un átomo de locura. Su imaginación es tan seca como las pizarras del tejado, bajo este sol de julio. Para ella, ese castillo es una casa; un árbol, un poco de leña; y un sueño, una mala digestión. Con este criterio educó a mi hija, matando

en flor su sensibilidad. Hoy que recupero a Silvia, que la independizo de su tiranía, pretendo que vuelva a hallar a mi lado, desde esta misma noche, aquel ambiente de cuento de hadas en que su madre la meció de niña. Un castillo con hadas y con duendes era el fondo de aquellas narraciones; un castillo con duendes y con hadas me ayudará a que resurja en esta mujercita demasiado grave la niña soñadora que estuvimos a punto de perder. Esto no es un capricho, Pánfilo, y merece su colaboración.

PANFILO.- En todo caso, aunque aceptase, yo no paso de simple intermediario.

BARON.- Por eso le he encargado esos buscavidas, decididos a todo.

PANFILO.- ¿Y por qué tres?

BARON.- ¿Qué menos que tres hombres para un buen fantasma? Apareciendo, casi al mismo tiempo, en lugares distintos, darán la impresión de un único fantasma. ¿Convencido?

PANFILO.- Quedan por convencer los interesados.

BARON.- ¿Qué clase de hombres son? No serán unos

golfos...

PANFILO.-

Yo he ~~escogido~~ <sup>traído</sup> señor Barón, lo que he encontrado a mano: un boxeador parisien- se, un bailarín madrileño, un vago marse- llés... Para negocios de esta clase se requiere más tiempo: escoger hombres es tarea delicada.

BARON.-

¿Dónde están?

PANFILO.-

Me esperan ahí: un poco más abajo.

HECTOR.-

(Que llega por el segundo tér-  
(mino derecha.

Señor Barón: la señorita Silvia está al llegar.

BARON.-

Bien; sálgale al encuentro. La espero aquí.

(Hector desaparece por el pri-  
(mer término del mismo lado.

Pánfilo, vaya en busca de esos... cola- boradores y dígales... No; no les diga nada; vale más que yo les hable. Aguarde mi señal.

PANFILO.-

¿Un silbido?

BARON.-

Yo no sé silbar. Yo haré como hacía de niño. Eso es: -"Hú - hú!..." ¿Verdad? Más fuerte: "¡Hú! ¡Hú!".

(Se oye a lo lejos la repetición  
(del grito. Ambos se quedan mi-  
(rándose, atónitos.

PANFILO.- El castillo no tendrá fantasmas; pero  
tiene un gran eco.

BARON.- ¿De acuerdo?

PANFILO.- Sí, señor; sí. En cuanto oigamos el can-  
to del cucú, ya sabemos que el cucú es  
el señor Barón.

(Mutis por primera izquierda)

HECTOR.-

(Saliendo por el primer tér-  
mino derecha.

Por aquí, señorita; por aquí. Señor...

BARON.-

(A SILVIA, que aparece detrás  
(de Héctor.

¡Silvia mía!

SILVIA.- ¡Padre!

BARON.-

Ven a mis brazos; ¡A mis brazos, nena!

SILVIA.-

(Indecisa)

Pero, ahora... Delante de gente...

BARON.-

¿Y qué le importa a un padre que le  
vean abrazar a su hija? ¡A mis brazos,  
Silvia!

(Ella se le acerca y él la es-  
(trecha contra su pecho, rete-  
(niéndola mientras que dice:

¡Tú sabes, Héctor, la alegría, -¡mi ale-

gría-, del momento presente?. Una hija que es ya mujer: ¡dieciocho años! Yo quiero aprovechar estos minutos, antes de la solemnidad de la fiesta, para hacerme la ilusión de que aún abrazo a mi hija chiquita.

SILVIA.- Yo seguiré siendo la misma para tí.

BARON.- Ve al castillo, Héctor. Ensaya a tus músicos, prepara tus luces, dispón tus criados... Quiero que cuando llegue Silvia, se sienta inundada de felicidad.

(Hector se inclina y se va por el segundo término derecha.)

SILVIA.- Pero si soy muy feliz...

(Desprendiéndose de sus brazos)

BARON.- Yo quiero asegurarla desde hoy. Y, para celebrar tus cumpleaños, en recuerdo de aquellas horas de tu infancia, y a cambio de la ventura que me diste, yo quiero regalarte ésto.

(Le enseña el castillo)

SILVIA.- ¿Es posible, padre? ¿Ese castillo es mío?

BARON.- ¡Tuyo!

SILVIA.- (Durante un breve instante, pue-

(de creerse que va a permitirse una demostración de júbilo; pero se domina pronto y sólo dice:

Es muy hermoso.

BARON.- ¿Te gusta?

SILVIA.- Mucho. Gracias.

BARON.- Y, ahora, me dirijo a mi Silvia grande. Quiero complacerte en tu primer deseo de mujer. ¿Qué te gusta? ¿Qué necesitas?

SILVIA.- (Riendo)

No necesito nada.

BARON.- Esta noche, mañana, mi mayor satisfacción será darte un capricho.

SILVIA.- ¡Me estás mimando exageradamente!

BARON.- No, hija. No creas que me sacrifico en lo más mínimo. Lo único que me puede hacer dichoso eres tú. Soy como un cascarrón viejo, adonde el sol no alcanza ya al final de la tarde; pero <sup>que</sup> recibe un poco de luz y de calor de los rayos ponientes que refleja para él la casita blanca que eres tú.

SILVIA.- Me enterneces, padre. Me hablas con un lenguaje que ya no se estila; y, sin embargo, me enterneces.

(Comienza a oirse dentro, muy lejano, música de baile.

Acaso te parezca fría, indiferente; pero es mi modo de ser.

BARON.- No, hija mía. Es el que te han hecho de un modo artificial.

SILVIA.- ¿Oyes? Yo debía emocionarme escuchando esa música, bajo estos árboles, entre los pájaros...

(Dentro, muy claramente, des-tacándose sobre la música, suena la voz de antes: - "¡Hú! ¡hú! ¡Hú! ¡Hú!".")

Pues ni el canto del cuco me emociona. Y, sin embargo, me enterneces tú.

(Otra vez, dentro: "¡Hú, hú!")

BARON.-

(Inquieto, mirando hacia el sitio por donde se marchó Pánfilo.)

Bueno, nena; me has convencido.

(Aparte)

¡Maldito eco!

(A Silvia.)

Vé al castillo, toma posesión de tu aposento...

SILVIA.- ¿No me acompañas?

BARON.- Es verdad; sí. Te indicaré el camino.

(Dentro, como antes:- "¡Hú,hú!  
("¡Hú,hú!.

¡Vamos! ¡Vamos! ¿No ves aquella puerta  
engalanada?

(Haciendo mutis por la segunda  
(derecha, detrás de su hija.

Pero... ¿de dónde sale esta señal...que  
no es la mía?

(En el momento en que desapare-  
cen el Barón y su hija, suena  
(mucho más perceptiblemente la  
(música interior con su ritmo  
(acusado de "marcha". A sus so-  
(nes, salen, siempre en filá in-  
(dia, -por este orden-, PANFILO  
(ROLANDO, ENRICO y ANICETO. con  
(el mismo aire ~~de antes~~ mis-  
(terioso que antes.

LOS CUATRO.-

(Tarareando la misma música de  
(dentro.

¡Lá, lá, lá! ¡Lá, lá, lá! ¡Lá, lá, lá!  
etc.

PANFILO.-

(A media voz, pero exagerado)

¡Al...to!

(Todos se quedan parados en po-  
(sición de firmes, menos Anice-  
(to, que sigue bailando solo,  
(al compás de la música, como  
(si llevara una pareja.

ANICETO.- ¡Lá, lá, lá! ¡Lá,lá,lá! ¡Lá,lá,lá!

PANFILO.- ¡Pero... Aniceto!

ANICETO.- ¿Qué quiere usted? ¡La fuerza de la costumbre!

(Se detiene, un poco jadeante)

ROLANDO.- No veo a nadie.

RAMIRO.- Absolutamente nadie.

PANFILO.- La señal era clara.

ANICETO.- Ya le dije que era de un mochuelo; pero usted se empeñó...

PANFILO.- ¿Nos volvemos?

RAMIRO.- ¡No! Yo ~~no~~ vuelvo a esconderme.

ANICETO.- Podemos jugar una brisca, si os parece.

(Saca una baraja)

PANFILO.- ¡El Barón! ¡Ahí está el Barón!

ANICETO.- (Mirando hacia la segunda derecha.)

¿El Barón? ¡El rey de bastos!

(La música interna se va desvaneciendo.)

BARON.- (Por el sitio indicado)

Buenas tardes, señores.

(Los cuatro se inclinan)

¡Perfectamente! ¡No me diga nada, Pánfilo! ¡Salta a la vista!

(Señalando, sucesivamente a Rolando, Ramiro y Aniceto.)

El boxeador, el bailarín... ¡y el vago!

LOS TRES.- (Protestando)

¿Cómo?

BARON.- Bueno, es igual; uno que baila, otro que pega...

ROLANDO.- (Digno)

Y otro que escribe. ¡Soy poeta!

BARON.- ¡Mejor! El colaborador ideal. Ya saben ustedes de lo que se trata.

RAMIRO.- Ni una palabra.

ROLANDO.- Nada.

ANICETO.- Estamos a las once.

BARON.- ¿Cómo es eso? ¿No les ha hablado, Pánfilo?

PANFILO.- Vamos, señor Barón; usted sabe perfectamente que no me ha dicho nada.

BARON.- Es verdad... Perdonen. Pues... ¡ahí va! Pero, primero, que yo sepa sus nombres.

RAMIRO.- ¡Ramito Bertier!

(Subraya su respuesta con mímica de boxeo.)

ROLAN.- ¡Rolando Bonnat!

(Idem con acción de escribir)

ANICETO.- ¡Aniceto Rodríguez!

(Idem con unos pasos de sevillanas.)

BARON.-- Nunca pude soñar mejor terceto: y, a la vez, simpático y variado. Vamos a entendernos de seguro. ¿Verdad, Pánfilo?

PANFILO.-- Cuando usted lo dice...

BARON.-- Señores y amigos: se trata de lo siguiente: yo doy esta noche una fiesta espléndida con magníficas atracciones; pero quiero una, sensacional, que sobrepuje a todas. Es preciso que mis invitados tengan la impresión de vivir en un castillo de fantasmas. Yo sustituyo el baile de máscaras con apariciones fantasmagóricas. Y les ruego a ustedes, sencillamente, que sean los fantasmas del castillo. ¡Ya está!

(Silencio general. Unos se miran a otros; y el Barón a todos)

¿Qué les parece?

RAMIRO.-- El Barón delira.

ANICETO.-- ¡El Barón está como una regadera!

ROLANDO.-- A mí me parece una idea sorprendente, pero graciosa.

RAMIRO.-- No le veo la gracia.

BARON.-- Pero, ¿aceptan o no?

ROLANDO.-- Yo, sí.

RAMIRO.- Yo, no.

BARON.- (A Aniceto)

¿Y usted?

ANICETO.- ¿Yo?

(Estrechándole la mano)

Yo, bien; muchas gracias. ¿Y usted?

BARON.- Me gustaría saber los motivos de ese "no" tan categórico.

ANICETO.- Pero comprenda el señor Barón que eso que nos propone, no es precisamente un viaje de placer:

PANFILO.- ¿Me permite el señor que intervenga?

BARON.- Usted interviene como si fuera yo.

PANFILO.- Pues bien, señores. No creo que esa negativa obedezca a una miserable cuestión de precio.

RAMIRO.- (Despreciativo)

¡Me molesta pensar en el dinero!

PANFILO.- Porque, dadas las buenas disposiciones del señor Barón con respecto a ustedes, pueden duplicar la cifra que les indiqué.

BARON.- Duplicar es poco: ¡triplicar!

ANICETO.- ¿Cómo ha dicho usted?

PANFILO.- ¿La cosa empieza a interesarle, eh?

ANICETO.- ¡Hombre! A nadie le amarga un dulce, si no es de sacarina apolillada. Pero... ¡de eso a ser fantasma!...

RAMIRO.- Un espectro... un loco... ¡Alucinante! Lo de menos es el dinero.

PANFILO.- ¿Qué os pasa, entonces? ¿Sois supersticiosos?

ANICETO.- ¿Yo? A mí me pone usted a jugar al tute con tres duendes y les hago trampas.

ROLANDO.- Haces mal. Hay que creer en ellos. ¿Acaso crees tú que somos otra cosa que fantasmas?

RAMIRO.- ¿Eh?

ROLANDO.- Sí, señores. Fantasmas de la miserable existencia que hemos arrastrado hasta aquí. Nos estábamos devanando los sesos para adivinar lo que el señor Barón podía pedirnos que nos conviniese a los tres y, por maravilla, nos pide quizás la única cosa que podemos hacer bien.

PANFILO.- Yo no me hubiera atrevido a decirlo, pero...

ROLANDO.- Lo que nos piden es que nosotros, pobres fantasmas de la vida, vistamos por unas horas nuestro traje oficial.

BARON.- Ni más ni menos.

RAMIRO.- ¡Ridiculeces!

ANICETO.- ¿Y tendremos también que arrastrar cadenas?

BARON.- ¡Nada de eso, hombre! ¡Serán ustedes unos fantasmas de fiesta, unos fantasmas de gala, por decirlo así!

PANFILO.- Tengan en cuenta el aspecto agradable, de cuento de hadas, que el Barón quiere dar a sus apariciones.

RAMIRO.- ¡No! Yo no haré el ridículo toda la noche con una sábana a la cabeza.

PANFILO.- Usted vino a pedirme trabajo, ¿sí o no?

RAMIRO.- Le pedí algo tangible; camarero, portero, conductor...

ANICETO.- ¿Conductor, de qué?

RAMIRO.- ¡De "taxis", digo yo!

ANICETO.- ¡Ah, vamos! Tira p'alante, Pánfilo.

PANFILO.- Decía que el trabajo ennoblece, sea el que fuere. Lo que importa es no romper con la vida por los pequeños inconvenientes que encontramos. Yo también conocí esos caprichos... ¡y los vencí!

ANICETO.- ¿Hizo usted de bruja?

PANFILO.- Fundé una agencia: la "Agencia Filantrópica", que se comprometía a encontrar, para cada cliente, la colocación mejor, adaptada a sus gustos y aptitudes. Pronto se me presentó una cliente: bajita, rubita, de ojos verdes... Me cogió desprevenido; no tenía nada serio que proponerla. Me fallaron todas las gestiones; y, mientras tanto, ella llegaba todas las mañanas a mi despacho con su bella sonrisa interrogante. Mi decisión fué rápida.

BARON.-

(Interesado)

¿Inventó la colocación?

PANFILO.- Me casé con ella.

RAMIRO.- ¡Oh!... ¡Buen arreglo!

PANFILO.- Con ello logré su felicidad y la mía.

ANICETO.-

(Como la cosa más natural)

Y, desde entonces, se ha casado usted con todas sus clientas. Los hay ansiosos.

PANFILO.- No; pero he conquistado algo prodigioso: el gusto de vivir. ¡Oh! Si amaran ustedes la vida, si la conocieran mejor, descubrirían en esta mascarada una

de las más sutiles bromas que nos suele gastar el Destino.

ANICETO.- ¡Ah! Si es broma, no hablemos más. ¡Con lo bromista que soy yo!...

BARON.- Su compañero rehuye la vida y usted la ama.

ANICETO.- La amo, sí señor; a pesar de los guantazo que me suelta. (S)

PANFILO.- El Barón puede contentarse con ustedes dos. Porque se trata de representar un solo fantasma.

ANICETO.- ¿Uno solo?

BARON.- Sí. Ustedes aparecerán sucesivamente en distintos lugares del castillo. Todos creerán que se trata de una misma y única aparición, que circula con la velocidad de un rayo.

ROLANDO.- Ingeniosa idea.

PAMFILO.- Si son ustedes, dos, vendrán a ser como medios fantasmas.

ANICETO.- Y la responsabilidad, también a medias.

ROLANDO.- (A Ramiro)

Debías quedarte con nosotros.

BARON.- No; yo quiero que lo piensen, que lo mediten.

PANFILO.- El Barón les considera como intérpretes de su atracción más bella y les tratará, no como a dependientes, sino como a invitados.

ANIGETO.- Eso está bien.

ROLANDO.- ¿De veras?

PANFILO.- Quiere ante todo que coman bien.

(Ramiro parece interesarse)

BARON.- He dado las órdenes para una cena opípara.

RAMIRO.- Sin embargo, yo necesito meditar.

ANIGETO.- ¿Meditar? Con ese panorama haces tú el Comendador y Don Diego Tenorio en una pieza.

BARON.- La comida no supone aceptación. Ustedes comen... beben... fuman.

ANIGETO.- ¿No tendrán Valdepeñas?

BARON.- Un Borgoña delicioso que no hay más que pedir.

ROLANDO.- Ni más que hablar, señor Barón. Este y yo nos quedamos. Y en cuanto a éste...

(Por Ramiro)

corre de nuestra cuenta.

(Vuelve a oírse dentro, apremiantemente, el grito de antes. "¡Há, há! ¡Há, há!".

PANFILO.- Otra vez el mochuelo. ¿No tienen carabina?

(Comienza a caer la tarde)

BARON.- No hay tal mochuelo, Pánfilo: Es mi hermana. En la niñez lo aprendió conmigo; y yo, en mal hora, se lo recordé.

(Dentro, de nuevo: "¡Hú, hú!")

Es que me llama <sup>con</sup> impaciencia ~~esta~~ <sup>cia,</sup> y ahora tiene razón. Quedamos, señores míos, en que estoy encantado con tenerles en mi casa. Pánfilo se ocupará de su instalación. No puedo decirles que vengan con nosotros porque aún no es de noche y podrían ser vistos. Todo el segundo piso está desocupado, y en él tendrán su habitación. Será una fiesta magnífica.

(Dentro: "¡Hú, hú!")

Venga usted, Pánfilo. No se alejen ustedes; ya nadie tiene que venir por este lado... Ya voy, hermana, ya voy...

"¡Hú, hú! ¡Hú, hú! ¡Hú, hú!..."

(V se va corriendo seguido  
(de Pánfilo, por el segundo

(término derecha.

ANICETO.- Esto lo cuento yo en el Colonial y me llaman imaginativo.

ROLANDO.- ¡Maravillosa aventura!

ANICETO.- Lo que acabó de convencerme fué la cena. ¡Con el hambre que tengo!...

ROLANDO.- Yo acepté por gusto; por afición.

ANICETO.- Deportista que eres.

ROLANDO.- No exagero. Cuando era chico y me dedicaba a mis primeros ensayos literarios, mis fantasmas no se apartaban de mí. No escribía dos renglones sin tratar de ellos.

(Ramiro se ha alejado hacia los árboles del fondo. Sigue cayendo la tarde. Se oyen, lejanos, el grito de un verdadero mochuelo y otros murmullos del bosque.)

ANICETO.- ¿Otra vez la hermana del barón?

ROLANDO.- Es una lechuza de verdad.

ANICETO.- ¿Y esos? ¿Son grillos?

ROLANDO.- Hemos aquí diluïdos en las tinieblas, sustraïdos a la vista de los hombres. Pero millares de seres, millares de cosas que se despiertan en la noche, nos

acechan y nos hablan.

ANICETO.- No me vengas con uno de miedo, que te espabilo.

RAMIRO.- ¿No me ves a mí sin inmutarme?

ROLANDO.- Este parque sombrío, este castillo viejo, este ambiente de encanto, ¿no os dicen nada?

ANICETO.- (De pronto, con sobresalto)  
¡Cuidado! ¡Una sombra!

RAMIRO.- ¡Una sombra fantástica! Se mueve...

ROLANDO.- ¿El Barón?

ANICETO.- ¡No! No es una sombra. Son dos sombras en una.

RAMIRO.- Dos fantasmas en uno.

ANICETO.- Y sin cenar opíparas ni nada; ipa que aprendas barbián!

RAMIRO.- Ya vienen.

ROLANDO.- Escondámonos.

ANICETO.- ¡Luego hablan de las películas de serie!

(Se ocultan los tres entre los árboles de primer término, a derecha e izquierda.)

HECTOR.- (Que aparece por el segundo término izquierda, cogido del brazo de CLEMENCIA, muy cerca de ella y muy amartelado.)

Escucha, Clemencia.

CLEMENCIA.- Esto es una locura, Héctor. ¿Por qué me ha hecho usted salir?

HECTOR.- Volveremos enseguida. Pero antes, amor mío, júrame que nos veremos esta misma noche.

CLEMENCIA.- ¡Oh, Héctor!

HECTOR.- El antiguo aposento de la Condesa ha quedado libre. A las doce me esperas allí.

(Lentamente van trasladándose de izquierda a derecha.)

RAMIRO.- (Sacando la cabeza tras un arbol, en voz baja, a Aniceto, que está a su lado.)

Chsst... De esto, ¿qué?

ANICETO.- (A Ramiro, lo mismo)

¡Yo qué sé!

(Comienza a sonar otra vez la música, suavísima.)

CLEMENCIA.- Héctor... La música... la nostalgia...

HECTOR.- Ya empieza la fiesta... Un beso...

CLEMENCIA.- ¡Oh, no!

HECTOR.- (Suplicante)

¡Sólo un beso! Aunque sea en la mano.

CLEMENCIA.- (Ruborosa)

En la mano, sí; en la boca, no.

(Héctor da en el dorso de la  
mano de ella, un sonoro beso.)

ANICETO.- (Aparte)

¡Mi abuela!

CLEMENCIA.- Es una locura. Vamos, vamos...

HECTOR.- Amor mío...

CLEMENCIA.- ¡No sé qué siento aquí!...

(Siempre enlazados, hacen mutis  
por la segunda derecha.)

ROLANDO.- (Saliendo, con cautela, de su  
escondite.)

¡Música, amor, misterio!... ¿Qué más  
puede pedirse?

ANICETO.- (Idem)

¡Los amantes de Teruel!

RAMIRO.- (Idem)

¡Pablo y Virginia!

ANICETO.- (A Ramiro)

¿Qué te parece? ¡Fantasmas con señoras!

¿Te quedas?

RAMIRO.- ¡Para siempre!

ANICETO.- ¡Vaya una guajal!

ROLANDO.- (Recitando con énfasis)

El bosque envuelve en sombras su belle-

■ ¡y un idilio sin fin palpita en él!

RAMIRO.-

(Cómicamente romántico)

¡La nueva vida a florecer empieza!

ANICETO.-

(Ponderativo, formando con-  
(traste.

¡La fantasmagoría en carrusel!

(La música interior suena ale-  
(gre y brillante. En el fondo  
(do del parque estallan fuegos  
(de artificio, mientras que cae  
(el

T E L O N

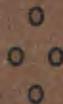
-----

SILVIA Y EL FANTASMA

---

ACTO SEGUNDO.

---



SILVIA Y EL FANTASMA

---

ACTO SEGUNDO.

---



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

## A C T O S E G U N D O

-----

Una de las salas del segundo piso del castillo. En el fondo, en alto, una ventana grande, cerrada; y, a ras del suelo, una puerta. Puertas también a derecha e izquierda. Además, en el segundo término de uno de los laterales, -o formando chaflán con el fondo,- otra puerta antiquísima de herrajes, metida en el buco de otra ventana, más baja que la anterior, que se supone debe de dar a una de las torres del castillo. Unos cuantos bancos y taburetes. Y, en un rincón, unas escobas.

-----

(ROLANDO, RAMIRO y ANICETO se hallan en escena, embutidos en sus sábanas de fantasmas, pero sin los respectivos capuchones a la cabeza.

ANICETO.-

(Que se está ejercitando en andar como un fantasma.

Son muchas faldas pa un hombre solo.

ROLANDO.- Es que eres torpe. Lo que hace falta es que no se adivinen nuestros cuerpos de-

bajo de las sábanas.

ANICETO.- ¡Toma! ¡Miá tú éste! Pero no es tan fácil.

ROLANDO.- Cuando no te mueves, es facilísimo. Depende sólo de la manera de arreglar los pliegues.

(Lo hace con su vestido)

Al andar, ya es distinto.

RAMIRO.- Hay que avanzar los pies con flexibilidad sin que se incline el cuerpo. ¡Así!

(En efecto, avanza, contoneándose como imitando a un fantasma.)

ROLANDO.- (A Aniceto)

¿Tú lo ves? ¡Admirable!

ANICETO.- Es que éste es el "as" de los fantasmas.

ROLANDO.- Prueba otra vez.

(Aniceto vuelve a ejercitarse, pero siempre torpemente.)

Así... Ya va mejor.

(Aniceto se pisa las faldas y da un tropezón.)

¡Pero, hombre!...

RAMIRO.- (Riéndose)

¡Que te matas!

ANICETO.- Un tropezón cualquiera da en la vida.

Es que estoy mareado. Me habéis hecho beber de más.

RAMIRO.- Pero, si ésto no es nada. Todo consiste en andar sin despegar las rodillas; como una japonesa.

(Anda ahora, moviendo exclusivamente pies y pantorrillas; (y, para que sus compañeros lo vean, alza las sábanas hasta (las rodillas.

ANICETO.- ¿Y no es más que eso? ¡ Haberlo dicho!

(Copia a Ramiro grotescamente)

ROLANDO.- ¡Pero, Aniceto!... ¡Tú que fuiste bailarín!... Debías ser el maestro... y eres una calamidad.

ANICETO.- Lo mío era lo español. ¡Y no hay diferencia ni ná!

ROLANDO.- Pero la música española es alegre, y tú estás fúnebre.

ANICETO.- Porque la echo de menos. Aquel bolero, aquellas seguidillas:..

(Recordando con la acción)

RAMIRO.- ¿Por qué dejaste de bailar?

ANICETO.- No me lo recuerdes: por Clara.

RAMIRO.- ¿Quién es Clara?

ANICETO.- Mi pareja. ¿Está claro? Y algo más que

pareja.

ROLANDO.- ¿Y, qué es de Clara?

ANICETO.- Eso me pregunto desde hace tres años.

RAMIRO.- (Asombrado)

¿Te dejó plantado?

ANICETO.- Yo creo que es pa irselo temiendo. La tenía por un ángel y me salió una lagartona... ¡Mi mala pata y no más que mi mala pata!

(Se sienta)

ROLANDO.- El vino del señor Barón te pone triste.

ANICETO.- Es que a mí, cuando bebo, me da llorona.

RAMIRO.- (Enfático)

¡Cuéntanos tu tragedia!

ANICETO.- ¡A ver si te has creído que es pa guarsearse! Estábamos Clara y yo en un teatro de provincias. ¡Una chapuza que nos había caído pa bailar un par de números! Clara, despampanante, al terminar la representación de "Cármén" con sus ropas de gitana, yo, arrebatador, vestido de torero.

ROLANDO.- ¡Bravo torero!

ANICETO.- Toreador... y torero que ha sido lo peor. Llegó el último número: las segui-

dillas de ella. Y dejé que Clara subiese sola al escenario.

RAMIRO.- ¡Te perdió la imprudencia!

ANICETO.- La imprudencia...y la florista del teatro, que debió de entregarle una carta. Me quedé adormilado en una silla y cuando desperté...

RAMIRO.- ...Ni el menor rastro...

ANICETO.- Ni el Bastro ni el Portillo de Embajadores. ¡Se había esfumao pa siempre!

ROLANDO.- ¿No la has vuelto a encontrar?

ANICETO.- ¡Nunca! Aún me parece que la veo subiendo la escalerilla con aquel vestido verde de lechuga, que daba ganas de comérsela...Y aún me parece oír las seguidillas aquellas, que han sido para mí la marcha fúnebre de "El ocaso de los dioses!"

(Buena dentro la orquesta del castillo.)

RAMIRO.- ¡Oh!...¡La orquesta! La señal del Barón. Se está acabando la comida.

ANICETO.- Esto es increíble.

ROLANDO.- ¿Qué pasa?

ANICETO.- ¡Las seguidillas de Clara! Las mismas

que bailaba aquella noche.

(En efecto, lo que toca la or-  
questa interior, son unas se-  
guidillas.

¿Es chocante, verdad?

ROLANDO.- En un castillo de fantasmas no tiene  
nada de raro.

ANICETO.- Pero podían haber tocao las de Pan y To-  
ros... ¡y tós tan contentos!

RAMIRO.- "Cuando oigan la orquesta, -nos dijo el  
Barón,- habrán terminado los fuegos ar-  
tificiales y las diversiones al aire li-  
bre. Entonces será el momento de estar  
prevenidos. Y tan pronto como yo dé la  
señal, empiezan ustedes."

ANICETO.- ¿Entonces...?

ROLANDO.- Conviene que nos arreglemos.

ANICETO.- ¡El capuchón!

(Cogiendo el suyo y poniéndoselo)

RAMIRO.- ¡El mío!

(Se pone también el suyo)

ROLANDO.- ¿Quién va a empezar?

(Idem)

RAMIRO.- La duda ofende: ¡Aniceto!

ANICETO.- (Dando un salto)

¡Y un jamón! Yo estoy mareado: el vino.

las seguidillas...

RAMIRO.- A eso, aquí le llamamos pánico.

ROLANDO.- Comienzas tú, que eres un valiente.

RAMIRO.- ¿Yo?

(Se le tuerce la capucha)

ROLANDO.- Primero, tú; después, yo... y el último Aniceto, que es el intercadente.

ANICETO.- ¡Chócala, Rolando! Tú me has comprendido.

(Intenta estrechar la mano de Rolando; pero, con el capuchón excesivamente encajado, no ve (y se pasa sin cumplir su deseo.

Pero, ¿dónde te metes? ¡Si es que con el gorro no te veo!

(Se quita la capucha)

Quedamos en que yo aparezco el último.

¡Eso es lo importante!

(Ve dejando de oírse la orquesta.)

ROLANDO.- Y luego, por parejas, al contrario: primero, tú y yo; luego, tú y Ramiro y, al final, Ramiro y yo.

ANICETO.- Al final, no han quedao ni los rabos.

RAMIRO.- ¿No tenéis calor? Podíamos abrir la ventana.

ANICETO.- ¿Estás nervioso?

RAMIRO.- No sé. Querría respirar un poco.

ROLANDO.- Abramos ésta.

(Señala la vieja puerta-ventana)

ANICETO.- ¡Lo que es el aire que entre por aquí!...

(Se vuelve a la puerta-ventana  
(e intenta abrirla inútilmente.)

¿Cómo se abre esto? Ni siquiera tié cerradura. ¿Por qué no me echáis una manita?

(Ramiro se aproxima a él y le ayuda, tirando ambos a un tiempo del cerrojo.)

¡Hop! ¡Hop! Nada. que si quieres arroz, Catalina.

(Intentan otra vez abrir)

¡Hop!

ROLANDO.- Estará embrujada.

RAMIRO ) (A un tiempo, abandonando la  
ANICETO ) (puerta.

¿Eh?

ANICETO.- Bromitas, no; que con estas cosas no se juega... ¡y estoy en plena digestión!

ROLANDO.- ¿Y si abriéramos aquella?

(Señalando a la ventana alta  
(del fondo.)

RAMIRO.- ¡Ni una palabra más! Esto calma los ner-

vios.

(Pone un banco y sobre él un  
taburete, subiéndose él enci-  
ma y abriendo.)

ANIGNTO.- Calma los nervios, aclara las ideas y  
refresca la imaginación. ¡Eh! No te aso-  
mes, pasmao, que te van a ver y le estru-  
peas el pasodoble al Barón!

(Mientras que baja Ramiro)

Bueno: es que estás que impresionas. Si  
no supiera yo que tú eres tú, ¡ya te  
había dao un escobazo en el cucuruchol!

BARON.-

(Apareciendo por la derecha)

¡Amigos míos! Ahora les toca a ustedes.  
¡Esto es prodigioso! No puede decirse que  
les estén esperando; pero sí que les pre-  
sienten. Ven a producir sensación. Los  
ánimos están caldeados; ya han llegado  
a ese punto en que la realidad no basta.  
En una fiesta corriente, sería la hora  
de las despedidas; pero hoy, en este mo-  
mento, llegan ustedes con ese algo irreal  
que todos aguardan sin darse cuenta. ¿Pre-  
parados?

(La orquesta interior toca ahora  
música moderna.)

RAMIRO.- ¡A sus órdenes!

BARON.- ¿Quién sale primero?

RAMIRO.- Yo, señor.

BARON.- Perfectamente. Salga por esta puerta.

(La de la izquierda)

Baje la escalera... y sólo se deje ver, por un instante, de las primeras personas que encuentre. ¿Quién es el segundo?

ROLANDO.- Yo, señor Barón.

BARON.- En cuanto su amigo regrese, usted sale por aquí...

(La puerta de la derecha)

¡Idéntica misión! Y, en cuanto vuelva, marcha el tercero. Es decir, usted.

(A Aniceto)

ANICETO.- Servidor.

BARON.- Por ahí.

(Por el fondo)

Produce usted su efecto correspondiente...

ANICETO.- Desde luego.

BARON.- ¡Y aquí enseguida! Luego, esperan unos minutos, para que yo pueda reagrupar en los salones a la gente... que me figuro se habrá dispersado. Y de nuevo empiezen las

apariciones, con más frecuencia, de dos en dos. ¿De acuerdo?

LOS TRES.- (Que habrán seguidos con signos (de asentimiento, las indicaciones del Barón, inclinándose obso- (ra, al mismo tiempo, sus capu- (chones.

¡Sí, señor Barón!

BARON.- Voy para abajo. Aguarden unos segundos para empezar. Necesito tiempo para colocarme de nuevo entre mis invitados. ¡Esto va a ser sorprendente! No puede dejar de serlo. ¿Pues, no estoy emocionado?

(Y se va por donde vino, o sea (por la derecha.

RAMIRO.- (Que arregla sus vestiduras)

¿Voy bien así?

ROLANDO.- ¿A ver? Vuélvete. Mueve los brazos.

(Ramiro obedece)

ANICETO.- Primer premio de máscaras a pie.

ROLANDO.- ¡Espera! Que tienes en la espalda una joroba. ¡Ya está! Buena suerte...

RAMIRO.- (Disponiéndose a salir por la (izquierda.

¡Hasta la vuelta!

ANICETO.- ...¡Y escribe en llegando!

RAMIRO.- (Al mítis)

¡Idiota!

ANICETO.- (Quitándose la capucha)

Quisiera saber lo que está pasando.

ROLANDO.- Dale tiempo siquiera a que baje.

ANICETO.- ¿Crees que oiremos algo?

ROLANDO.- Como no haya gritos...

(Se quedan escuchando)

¿Oyes algo?

ANICETO.- No. La orquesta na más. Mientras que oigas soplar al de la trompa, no hay síncope.

(Vuelven a escuchar)

ROLANDO.- Perecen risas.

ANICETO.- A lo mejor, que les hace mucha gracia.  
Tú vete preparando...

ROLANDO.- ¿Por qué?

ANICETO.- Por si te tiran un tomate.

(La orquesta, dentro, sigue tocando normalmente.)

ROLANDO.- ¿No te seduce este momento de inquietud?  
¿No querías que se eternizase esta emoción?

ANICETO.- ¿Qué dices? Apéate del trimotor, que es-

tratoesfera...

RAMIRO.- (Volviendo por donde se fué)

¡Ya está! Ahora, el segundo.

ANICETO.- (Sorprendido)

¿Ya?

ROLANDO.- ¿Qué tal?

RAMIRO.- ¡Estupendo!

(A Rolando)

¡Anda! No pierdas tiempo tú.

(Se quita su capucha)

ROLANDO.- Yo no pierdo el tiempo. Diré, como César: "Vini, vídi, vici".

(Se dirige a la puerta de la derecha.)

ANICETO.- O, como aquel de mi pueblo: - "¡No acha-  
gar que era una broma!".

ROLANDO.- (Al mítis)

¡Imbécil!

ANICETO.- ¡Mejor!

(A Ramiro)

¿Encontraste a alguien?

RAMIRO.- Sí.

(La música sigue sonando. Ahora toca un vals.)

ANICETO.- ¡Pues aquí no hemos oído ná!

RAMIRO.- ¡Claro! ¿Qué ibais a oír?

ANICETO.- Al verte, ¿qué hicieron?

(Ramiro no contesta)

Hombre: contéstame; ¡que comprenderás que me interesa.

RAMIRO.- He visto una sola persona.

ANICETO.- ¿Una sola?

RAMIRO.- Sí.

ANICETO.- ¿Un hombre?

RAMIRO.- No.

ANICETO.- ¿Una mujer?

RAMIRO.- No. ¡Un ángel!

ANICETO.- ¿Eh?

RAMIRO.- ¡Una muchacha encantadora!

ANICETO.- ¿Ha gritado?

RAMIRO.- No.

ANICETO.- ¿No te ha visto?

RAMIRO.- Sí. Se me quedó mirando.

ANICETO.- ¿Y no se asustó?

RAMIRO.- ¡Ni un sólo instante!

(En este momento se oyen gritos interiores. La orquesta calla repentinamente. Se perciben también ciertos ruidos, que revelan pánico en el piso inferior del castillo.)

ANICETO.- Eso es con Rolando.

RAMIRO.- ¡Vaya efecto!

ANICETO.- ¡Qué bárbaro! Ha debido de dar un tropezón mayúsculo!

RAMIRO.- ¡De los tuyos!

ANICETO.- Pues me ha hecho una faena que ni Bienvenida. ¡Cualquiera se presenta ahora!

(Señalando a la puerta del fondo.)

Yo salgo por aquí, ¿verdad?

RAMIRO.- Por esa puerta.

ANICETO.- ¿A dónde iré a parar?

RAMIRO.- A donde todas: a cualquier pasillo que vaya a cualquier escalera que baje a cualquier piso.

ANICETO.- ¿Y después, qué hago?

RAMIRO.- Eso no tiene ya importancia. Hay gente por todas partes. ¿Quién puede prever dónde será el primer encuentro?

ANICETO.- ¿El tuyo fué...?

RAMIRO.- En el primer piso. Ví una puerta entreebierta. Había luz... Entré.

ANICETO.- ¡Mi abuela!

RAMIRO.- En un saloncito estaba ella, reclinada en una "chaise-longue", con un precioso

vestido blanco. Parecía dormir; pero, al entrar yo, volvió la cabeza y abrió los ojos.

ANICETO.- ¿No se asustó?

RAMIRO.- Apenas un leve movimiento de sorpresa. Se levantó con calma, sin dejar de mirarme fijamente.

ANICETO.- Y tú, ¿qué hiciste?

RAMIRO.- Me pareció prudente batirme en retirada. Sin dejarla tampoco de mirar. Y entonces...

ANICETO.- ¿Qué?

RAMIRO.- Me regaló una sonrisa inolvidable.

ANICETO.- ¡Aguanta! ¿Quién será?

RAMIRO.- No sé.

ANICETO.- ¿Bonita?

RAMIRO.- Como un sol.

ANICETO.- Acaso la vuelvas a ver.

RAMIRO.- ¡Oh, no! ¿Para qué?

BOLANDO.- (Volviendo por donde se marchó)

¡A tí te toca, Aniceto!

ANICETO.- ¿Es... imprescindible que salga enseguida?

BOLANDO.- ¡Pues claro! ¿A qué esperas?

(Se quite el capuchón)

ANICETO.- Es que... me parece que antes se armó la gorda.

HOLANDO.- ¡La sorpresa! Un éxito mío. ¡Esto es apasionante!

ANICETO.- ¡Ah! Pues... ¡ahora verás yo!...

(Se dirige a la puerta del fondo.)

RAMIRO.- No se te olvide... la chichonera.

ANICETO.- (Poniéndose el capuchón)

¿La chichonera? Esta va a ser mi perdición.

(Mútis)

HOLANDO.- Es inaudito lo que me ha pasado.

RAMIRO.- ¿Qué?

HOLANDO.- Todavía estoy aturcido. Iba por la escalera grande que conduce al hall, donde la fiesta estaba en su apogeo...

RAMIRO.- ¡Ya!

HOLANDO.- Hasta entonces, nada. Nadie en los pasillos. Al llegar al rellano, me oculté en el quicio de una puerta, esperando que llegue el vals a la mitad para hacer mi aparición.

RAMIRO.- ¿Y, entonces?...

HOLANDO.- Empiezo a bajar los peldaños. ¡Si hubie-

ras visto qué espectáculo! Las primeras parejas que me advierten, se quedan atónitas, clavadas en su sitio. Otras, al verlas, se detienen también, buscando por todas partes la causa de la interrupción... hasta que me divisan. ¡Ya tienen todos los ojos puestos en mí! Entonces, sigo descendiendo... no sin cierta inquietud, por temor, sobre todo a las risas. Pero, de pronto, brota un grito de terror. Entonces, es el pánico: unos huyen por las puertas; otros se refugian detrás de la orquesta... Y los mismos músicos interrumpen el vals, saltan sobre sus instrumentos y se escabullen.

RAMIRO.-

(Divertido)

¡Magnífico!

ROLANDO.-

Ya estaba en el hall; ya iba a cruzarlo, cuando se abrió en el fondo una puerta, dando paso a una forma blanca, que avanzaba hacia mí. ¡La criatura más encantadora que cabe imaginari!

RAMIRO.-

¡Cierto!

(Su cara se ha transformado.)

(Ahora se ha puesto serio, pero conservando la serenidad.)

ROLANDO.- Una sonrisa radiante iluminaba aquella cara indescriptible. Sus ojos grandes, maravillosos, fijos en mí. Yo estaba deslumbrado: no sé si, bajo el disfraz, sonreí también o me cecharon las lágrimas. Pero yo no podía prolongar aquella pausa, que casi todos aprovecharon para salir del hall.

RAMIRO.- (Impaciente)

¿Y, entonces?

ROLANDO.- Me volví...

RAMIRO.- (Respirando)

¡Bien!

ROLANDO.- Encontré, por suerte, una puertecita abierta, subí a escabe por una escalera... ¡y aquí estoy! pero dudando si llegué en realidad a vivir aquellos segundos o si yo, -el fantasma, el espectro,- fui víctima de una aparición.

RAMIRO.- No, Rolando, ¡Existe!

ROLANDO.- ¿Cómo lo sabes tú?

RAMIRO.- Por...

(Arrepintiéndose)

Por la forma como tú la has descrito.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Si ella no existiese, ¡tú la harías nacer! Después de oírte yo veo sus cabellos rubios poniendo un marco de luz a su cara.

(Rolando asiente)

Yo veo la posición exacta de la rosa que lleva prendida en el pecho.

ROLANDO.-

(Sorprendido)

Una rosa llevaba; ¡verdad!

(Los dos se miran y Rolando pregunta:

¿A quién viste tú?

RAMIRO.-

Me encontré, de pronto, en una... en una biblioteca. Un viejecito de blancas barbas apostólicas había cometido la imprudencia de leer en un diccionario enciclopédico... y se había quedado dormido. No quise despertarle, y me salí sin hacer ruido.

ROLANDO.-

(Incrédulo)

¿Eso es todo?

RAMIRO.-

Todo.

ROLANDO.-

Por eso no oímos nada Aniceto y yo.

RAMIRO.-

(Vuelven a mirarse, como antes)

Por eso.

(Aparece por el fondo ANICETO,  
(en lamentable estado.

ANICETO.- ¡Socorro!

ROLANDO.- ¿Qué ocurre?

ANICETO.- ¡Cuando yo digo que "socorro"!

ROLANDO.- Pero, ¿de dónde vienes?

ANICETO.- De abajo.

RAMIRO.- Y ¡cómo vienes!

ANICETO.- Como puedo.

ROLANDO.- ¿Quiénes te han visto?

ANICETO.- (Con naturalidad, después de  
(una pausa.

Nadie.

ROLANDO.- Entonces, ¿qué te ha pasado?

(En efecto, Aniceto trae el ca-  
(puchón bajo el brazo, y las  
(faldas recogidas por encima de  
(las rodillas, viéndosele los  
(pantalones doblados.

ANICETO.- Soy yo el que ha visto...

RAMIRO.- Cuenta.

ANICETO.- Bajé la escalera... por cierto dando  
traspies, porque me habéis dejao el dis-  
fraz más largo... Y como no veía nada,  
porque este cucurucho se me encasqueta...  
me lo quité.

RAMIRO.- ¡Qué imprudencia!

ANICETO.- Sí, sí... Estaba frente al comedor. Y la mesa, llena de dulces. Comprobé que estaba solo y me comí unas pastitas. Toma...

(Sacando varias de los bolsillos del pantalón.)

Pa que veas que me acuerdo de los amigos.

ROLANDO.- (Sin querer tomarlas)

¡Habrá insensatez! ¡Un fantasma atracándose de dulces!

(Como Ramiro también las rechaza, se come las pastas solamente Aniceto, mientras que hablan.)

RAMIRO.- ¿Y el champagne?

ANICETO.- De la Viuda. Una sola copa.

ROLANDO.- ¡Qué vergüenza! Nos pondrás en ridículo.

ANICETO.- ¡Os digo que no había nadie! Es decir; tanto como nadie... ¡Aún me dan escalofríos! Por enfrente del comedor... pasó Clara.

RAMIRO.- ¿Clara?

ANICETO.- Mi bailarina.

ROLANDO.- Eso es el champagne; que se te subió a la cabeza.

ANICETO.- Pué que tengas razón; pero, entre la im-

presión y la desazón, me entró tal des-  
concierto en el corazón, que... ¡piés,  
pa qué os quiero!

ROLANDO.- Pues tenemos que volver a salir por pa-  
rejas: tú y yo.

ANICETO.- ¡Juntos!

ROLANDO.- Cada uno por un lado.

RAMIRO.- (Impaciente)

Yo, el primero, si queréis.

(Se coloca su capuchón)

ROLANDO.- (Rápido)

No. Tú nos esperas. Es lo ordenado.

ANICETO.- Pero, si él se empeña, le cedo el pues-  
to con mucho gusto.

ROLANDO.- (A Aniceto)

Tú sales por aquí.

(Por la izquierda, o sea por  
donde salió y volvió Ramiro.)

RAMIRO.- ¡No! Por esa puerta, no.

ROLANDO.- ¿Y qué más da? No va a salir por donde  
acaba de entrar.

RAMIRO.- Entonces, tú...

ROLANDO.- Yo, por aquí.

(La derecha)

RAMIRO.- (Con intención)

¿Para volver a ver tu ninfa encantadora?

ANICETO.- (Asombrado)

¿Eh?

ROLANDO.- Para no ver a tus viejecitos de las barbas.

ANICETO.- (Más estupefacto)

¿Cómo?

ROLANDO.- El capuchón, Aniceto. ¿Vamos?

ANICETO.- Vamos. Luego me explicaréis ese acertijo.

(Poniéndose sus respectivas capuchas desaparecen Rolando por la derecha y Aniceto por la izquierda. Ramiro se acerca, para escuchar, a esta última puerta. Transcurren unos segundos... Luego, la puerta del fondo se abre y aparece SILVIA, vestida de blanco, con una rosa al pecho; Ramiro se hierde dando frente a ella y permanece inmóvil, conservando puesto su capuchón. Silvia cierra y entra en la estancia, sin apartar los ojos de Ramiro. Avanza sonriendo, hacia él. Entonces Ramiro retrocede algo.)

SILVIA.- No se vaya usted, fantasma. Yo no le tengo ningún miedo; y supongo que tam-

poco me lo tendrá usted a mí. Los fantasmas, ¿se asustan acaso de los hombres?

(Ramiro, por toda respuesta, agita los brazos, con la intención evidente de imitar a un fantasma.)

¡Por Dios, no eche usted a volar! ¿Es imposible que un fantasma y un ser humano puedan estar un minuto reunidos? ¿Por qué han de huir los unos de los otros? ¿Por qué?

(Ramiro permanece inmóvil y mudo)

¡Tengo tantas cosas que decirle! ¡Tantas preguntas que hacerle!... Ya había perdido la esperanza de volver a encontrarle; pero... ¿por qué no ha de ser usted el fantasma que yo he esperado tanto tiempo? Además, usted está aquí, en mi casa, en mi castillo. Luego ha venido a buscarme, ¿no es cierto?

(Silencio de Ramiro)

¡Contésteme, por caridad!

RAMIRO.-

(Con voz sepulcral y agitando levemente los brazos.)

¡Sí!...

SILVIA.-

¡Ah! Esto es maravilloso. Pero ¿por qué

me habla así? ¿Está usted enfadado porque le he seguido? Era preciso que volviera a verme: ¡sus dos apariciones de abajo fueron tan cortas!...

(Avanzando un poco más)

Fantasma, yo quiero que me conteste a una pregunta: dígame si venía a mi cuarto cuando yo, de niña, le esperaba. Usted debe de acordarse. ¿Verdad? Por las noches iba el aya a acostarme; y, al marcharse, se volvía en la misma puerta del cuarto, para decirme con su voz destemplada: -"Duérmete pronto, nena; que, si no, vendrá el Coco por tí!". ¡El Coco! Es decir, el fantasma. ¡Y qué ilusión para mí!... Mi madre, la pobre, ¡me había contado tantos cuentos de ellos, de los que usted era el héroe! ¡Y yo me hallaba tan sola en aquel cuarto tan grande y tan negro... Ya no sentía, junto a mi cara, la de mi madre, y me imaginaba que, si usted venía, vendría con su espíritu un poco de mi madre también. Pero usted nunca llegaba. ¿Es que no vino usted jamás?... ¿O, cuan-

do usted llegaba, me hallaba yo siempre dormida?

(Silencio e inmovilidad de Ramiro.)

Usted vino... ¿verdad que sí?

(Leve inclinación afirmativa)

¡Claro! Y aquellas mañanas en que yo despertaba alegre, no era que había soñado, sino que había escuchado bellos cuentos de usted, con una voz tan dulce, ¡tan dulce!, que las palabras llegaron hasta mí sin despertarme. Diga, fantasma: ¿es verdad esto?

RAMIRO.-

(Como antes)

¡Sí!...

SILVIA.-

¡Qué feliz soy! Usted me contará otra vez cuentos bonitos. ¿Se acuerda de aquel del Príncipe y el Fantasma? Era el más interesante de todos. Usted me lo repetirá; pero ahora, no. Voy a bajar un momento, para que no adviertan mi ausencia; no quiero que me busquen y me encuentren con usted: ¡Eso sería terrible! Pero usted me espera, ¿verdad? Yo volveré enseguida...

(Va hacia el fondo y se vuelve)

¡El Príncipe y el Fantasma!... ¿Me lo promete?

RAMIRO.- (Como un suspiro)

Si...

SILVIA.- Gracias, Fantasma; gracias.

(Sin dejar de mirarle, y sonriendo, hace mutis. Ramiro se dirige hacia la puerta recién cerrada; pero, por la derecha, aparecen EL BARON y ANICETO; éste quitándose la capucha. Dejan la puerta abierta.)

BARON.- Esto es magnífico. Han fallado la última salida; pero, no importa: ¡enseguida lo arreglaremos! La segunda aparición fué extraordinaria.

RAMIRO.- (Quitándose también su capuchón.

¡Feliz aparición!

BARON.- ¡Estupendo el resultado! Mi hermana tiene un síncope; y tres amigas suyas, también.

ANICETO.- Ya las he visto de lejos: ¡tres brujas, que parecen tres bigos!

BARON.- Un general retirado ha constituido ya su estado mayor y está alistando a cuantos quieran seguirle en su lucha contra

los fantasma.

ANICETO.- ¡Azúcar! ¡En la que nos hemos metido, Barón!

BARON.- ¡Emocionante! Y, mientras tanto, un académico de Ciencias ha reunido a unas cuantas personas para explicarles el mecanismo del fenómeno de las alucinaciones colectivas. Un solo contratempo: los músicos están tan nerviosos que no aciertan a tocar. Pero los sustituyo con los discos.

(Suena dentro música mecánica)

¿Oyen el gramófono? Esto agrupará a la gente de nuevo. No perdamos tiempo: la primera aparición por parejas falló porque la gente había escapado; pero, ahora, la segunda pareja hará un efecto decisivo. ¿Quiénes la forman?

ANICETO.- Este y yo.

RAMIRO.- Yo no me muevo de aquí.

BARON.- ¡Oá, hombre! Usted se viene con nosotros y hace lo que yo le diga. No podemos dar un paso en falso.

(Señalando el fondo)

Por aquí...

RAMIRO.- ¡No! Se lo suplico: por esa puerta, no.

BARON.- ¡Ah! Pues por ésta.

(La de la izquierda)

Es igual. Por todas partes...

ANICETO.- Por todas partes... te encuentras con el general.

(Se van los tres por la izquierda. Simultáneamente aparecen, por el fondo, BOLANDO, con el capuchón puesto; y por la derecha, SILVIA. Al avanzar Bolando, ve a la muchacha, que le mira sonriente. Hace él entonces un movimiento de sorpresa y se queda como petrificado.)

SILVIA.- Está visto que usted me tiene miedo, fantasma. Es que no me esperaba usted por ese lado, ¿verdad? Me pareció más prudente otro camino, aunque nadie se preocupa de lo que estoy haciendo: todos andan alborotados por la presencia de usted en el castillo. Yo soy la única que está encantada: ¡tenerle a usted aquí... a mi lado! ¡Es increíble! Gracias a usted, esta noche se ha hecho maravillosamente transparente. En un segundo, ha dado usted valor y sentido a

todas las cosas. Todo se ilumina, todo se explica para mí desde que le veo, desde que le hablo.

ROLANDO.-

(Con voz natural)

Para mí también.

SILVIA.- No es lo mismo, fantasma. Usted sabía que me iba a encontrar al venir aquí; mientras que yo... no le esperaba a usted ya.

ROLANDO.- ¿No?

SILVIA.- Tanto se burlaron de mí, por mi fé en los fantasmas, y tanto me repitieron que ustedes no existían, que llegué a veces a dudar; pero tenía la impresión horrible de estar renegando de mi infancia... y de ser, de pronto, aquel desterrado que, solo en la proa del barco que se lo lleva, piensa con amargura que jamás volverá a ver el paisaje familiar y a los seres queridos. Yo pensaba en todo ésto cuando usted entró en mi cuarto. Los días de cumpleaños son días melancólicos, fantasma. Pero usted apareció; y usted me demostró la posibilidad de vol-

ver a vivir los momentos felices de mi niñez. Voy a sentarme aquí. Y usted también, a mi lado.

(Se sienta)

¡A mi lado, fantasma!... ¿No quiere?

(Rolando lo hace)

Yo cerraré los ojos como cuando niña. Y usted me irá diciendo el bello cuento que le pedí...

ROLANDO.- ¿El cuento?

SILVIA.- ¡"El Príncipe y el Fantasma"! Usted me lo prometió.

ROLANDO.- ¿Yo le he prometido?...

SILVIA.- Sí, fantasma; ¡no me atormente! Hace un momento me dijo usted que sí. Temo que mi padre me busque; que me encuentre aquí. ¡Temo no tener tiempo para oírle! ¿No me quiere decir ese cuento?

ROLANDO.- ¿El del Príncipe y el Fantasma?

SILVIA.- Era el más bonito de todos los de mi madre. ¡El fantasma es tan noble, tan generoso!... ~~¡~~ Era tanta felicidad a las personas que se le acercan!... Era mi cuento preferido. Únicamente, al prin-

cipio, no me gustaba mucho; me costaba trabajo contener las lágrimas al figurarme la tristeza de la Princesita, cuando quedaba sola en el gran castillo por haber marchado el Príncipe a la guerra...

ROLANDO.- Ya...

SILVIA.- Las damas viejas y los cortesanos no podían consolarla. Por eso era tanto mi gozo, -¡cómo lo contaba mi madre!-, cuando llegaba el momento de aparecer el fantasma. Entonces me tapaba yo los ojos para mejor imaginarme la sorpresa de la princesita...

(Se tapa los ojos)

ROLANDO.- Sí. El fantasma venía en nombre del Príncipe...

SILVIA.- ¡Eso!

ROLANDO.- Le decía su amor, su esperanza de volver a verla pronto...

SILVIA.- ¡Eso!...

ROLANDO.- Sus extraordinarios proyectos futuros...

SILVIA.- (Siempre con los ojos cerrados)

Siga, fantasma; ¡siga!...

ROLANDO.- ¡Ya no estaba triste la Princesita! El fantasma venía a menudo a verla y le repetía las palabras del Príncipe, refiriéndole los más bellos episodios de su marcha victoriosa. La Princesita había vuelto a encontrar su sonrisa.

(Silvia sonríe)

Pero todos los que la rodeaban, para quienes el Fantasma permanecía invisible, no se explicaban aquel repentino alboroto. "¡Qué raro!, decían las viejas damas. Y los cortesanos añadían con gravedad: "¡La pena la está volviendo loca!" Y no dudaban de tener razón cuando, en medio de un paseo, mientras que iban siguiendo a la Princesa a unos pasos de distancia, la veían detenerse de pronto y soltar una alegre carcajada, si el Fantasma le daba una venturosa noticia o tenía una feliz ocurrencia.

SILVIA.- Porque él era invisible para todos, menos para ella...

ROLANDO.- ¿Y qué pensaban los pobres cortesanos cuando su Alteza se internaba por alguna

de las tupidas veredas del parque, y las ramas se apartaban solas, como por milagro, para abrirle paso?

SILVIA.- ¡Era el fantasma!...

ROLANDO.- ¡Claro! Mas la Corte decidió reunir al gran Consejo, sospechando de un caso de hechicería.

SILVIA.- ¡Oh!...

ROLANDO.- Un día llegaron malas nuevas del Ejército; pero, como el Fantasma se las ocultó a ella para no entristecerla, su inexplicable alegría fué juzgada con severidad y la acusaron de maleficio para las armas de su Príncipe. Fué citada ante el Consejo para justificarse... y la Princesita habló del Fantasma. Entonces nadie dudó de que tuviera comercio con los demonios y fué condenada a ser quemada viva.

SILVIA.- ¡Pobre!...

ROLANDO.- La Princesa se sintió perdida. Desde hacía muchas horas no había vuelto a ver al Fantasma. ¡Si él hubiese estado presente, la hubiese salvado! Pero el Fantasma ya no estaba allí: estaba al

lado del Príncipe, al que un cañonazo enemigo acababa de herir mortalmente. Al Príncipe no le asustaba morir; su única pena era dejar sola a la Princesita. "Tú que tienes, -le dijo al Fantasma,- un poder infinito, toma lo que aún es mío; toma mi resto de vida; toma la semejanza mía; transfórmate en otro yo, acude corriendo al lado de ella y hazla feliz!"

SILVIA.- ¡Gallardo Príncipe!

ROLANDO.- Mientras tanto, en el castillo, todo estaba preparado para el suplicio. Ya empujaban a la Princesita, que desesperadamente llamaba al Fantasma en su ayuda. Y la muchedumbre, estupefacta, vió cómo llegaba el Príncipe, a quien todos decían muerto y cómo la Princesa recobró definitivamente la felicidad.

SILVIA.- ¡Esto es milagroso! El Fantasma se había transformado en un hombre. Yo no conocía este final. ¿Es que todos los fantasmas se transforman en hombres?

ROLANDO.- ¡Oh, no! ¡Todas, no!

SILVIA.- Usted, Fantasma, ¿podría convertirse en hombre?

ROLANDO.- ¿Yo? Yo, no...

SILVIA.- Yo quisiera conocerle a usted... saber quien es... Mi madre me decía que los Fantasmas, después de haber sido seres humanos, vivían bajo su nuevo aspecto otra existencia.

ROLANDO.- Cierto.

SILVIA.- Entonces, ¿usted ha sido un hombre?

ROLANDO.- Sí.

SILVIA.- Y... ¿por qué se convirtió en fantasma?

ROLANDO.- Porque era un desgraciado.

SILVIA.- Un desgraciado en amor; no me diga más. El hombre que no supo hacerse amar durante su vida, es condenado a merecer la gratitud de los hombres después de muerto. Se transformará en el árbol cuyo sombra se busca, en la columna de humo que guía al caminante, en el peñesco en que descansa el estribo del puente. ...Usted, por no haber consagrado su vida a amar, a procurar la felicidad de otro ser, ha tenido que transformarse en

fantasma.

ROLANDO.- Y estoy condenado en adelante, a amar sin vivir.

SILVIA.- ¿Condenado a amar? ¿Se puede decir eso?

ROLANDO.- ¡Sin esperanza de ser amado!

SILVIA.- ¿No lo dije? ¿Qué pueden hacer los seres humanos por los fantasmas?

ROLANDO.- Nada. No pueden hacer nada.

SILVIA.- ¡Sí! Estoy segura de que pueden hacer algo. Escúcheme.

(Se oye ruido por la izquierda)

ROLANDO.- ¡No! Máchese... Pronto... ¡Qué no la hallen aquí!

SILVIA.- Bien.

(Va hacia el fondo)

Pero volveré muy pronto. ¡Yo quiero que sea usted feliz... muy feliz, fantasma!

(Mutis por la puerta indicada)

ROLANDO.- (Cae sentado en un taburete y se quita la capucha rápidamente.)

Esto es superior a mis fuerzas. Ella lo <sup>ha</sup> dicho: ¡soy un desgraciado!

RAMIRO.- (Por la izquierda)

¿Qué te pasa?

ROLANDO.- Ni yo mismo lo sé.

RAMIRO.- ¿Estás malo?

ROLANDO.- Acabo de hablar con tu viejo barbudo.

RAMIRO.- ¿Eh?

ROLANDO.- Lo encuentro encantador, aún sin las barbas.

RAMIRO.- ¿Qué quieres decirme?

ROLANDO.- Que el señor barbudo acaba de salir de aquí. Había venido a verte; le habías prometido esperarle... y volverá en tu busca.

RAMIRO.- ¿Es bonita, verdad?

ROLANDO.- La hija del Barón. ¡Bellísima!

(Se levanta)

RAMIRO.- (Como suspirando)

Bellísima...

ROLANDO.- No hagamos tonterías, pobre Ramiro. Es preciso que, para ella, ni tú ni yo pasemos nunca de fantasmas.

RAMIRO.- (Convencido)

¡Nunca!

ROLANDO.- Hasta aquí, todo ha ido bien; pero una palabra indiscreta, un solo gesto, puede destruirlo todo; romper el encanto de esa imaginación convaleciente. Lo

mejor sería desaparecer ahora mismo; y, sobre todo, no volver a verla...

ANICETO.-

(Por la derecha)

¡Cuando yo os dije que ví a Clara!...

¡Está en el castillo! Y ella me ha visto a mí.

RAMIRO.- Otro que sueña.

ANICETO.- ¡Ni sueño, ni pesadilla, ni monsergas! Al bajar, hace poco, me encontré cara a cara con ella. Se quedó de una pieza al verme; me llamó... Yo salí entonces escapao; pero me siguió y hemos estao jugando el escondite hasta que se cayó al suelo turulata.

ROLANDO.- Pero ¿cómo pudo conocerte? ¿Cómo ibas?

RAMIRO.- ¡Sin el capuchón!

ANICETO.- Una miaja na más. Levantao un poco sobre esta oreja. ¡Se conoció por el lunar! Este lunar, que la volvió loca...

ROLANDO.- ¡Tú lo echarás todo a perder!

ANICETO.- ¡Mira que yo escapando de Clara!... Ya me lo tié que agradecer el Barón. ¡Y ya me lo tenéis que agradecer todos! Porque yo he debido pedirle una explica-

ción, echarle los brazos al cuello...

¡Hacer algo sensacional!

ROLANDO.- Pero, ¿no te das cuenta, pedazo de alcor-  
noque, de que ella estará contando a to-  
do el mundo que el fantasma es un baila-  
rín fracasado, a quien ella conoce muy  
bien?

ANICETO.- No dirá nada, porque no la tée cuenta.

ROLANDO.- Por si tuviera la tentación de hablar,  
hay que bajar inmediatamente y disper-  
sar otra vez los grupos.

ANICETO.- Por mí, que no quede.

(Disponiéndose a salir de nuevo)

RAMIRO.- ¡No! Td, quieto aquí.

3. ROLANDO.- Que, si te mueves, la estropeas.

(A Ramiro)

¡Vamos!

(Se dirige, seguido de Ramiro,  
hacia la izquierda y se vuelve  
al llegar a la puerta.

Si viene alguien, ¡ni media palabra!

¡Ponte el capuchón!

(Aniceto lo hace)

¡Ni media palabra!

(Hacen mutis Rolando y Ramiro  
por la izquierda. Aniceto,

(con el capuchón puesto, da unos pasos y tropieza con un taburete. Cuando acaba de levantarse un poco la capucha, ve que se abre la puerta del fondo y queda inmóvil, hecho una estatua.

CLARA.-

(Que aparece, con traje de bailarina española.

¡Mi Anicetín!...

(El no contesta)

No me digas que no eres tú... ¿Eres el... pocholo de tu nenita Clara?

(Aniceto dice que "no" con la cabeza.

Te conocí al pie de la escalera. ¿Verdad que ese lunar es el tuyo?

(Dice ahora que "sí" mimicamente.

¡Ay, mi Anicetín! ¡Tú hecho un fantasma! ¡Esto es horroroso!

(Aniceto se encoge de hombros, como diciendo:—"¿Qué le vamos a hacer!".

Pero ¿qué te ha ocurrido? ¡Contéstame!

(Dice que "no".)

¿No te llegaste a matar como me dijeron?

(Dice que "sí".)

Pero, ¿cómo?

(Hace muy torpemente, el ademán de tirarse algo a la cabeza.)

¿Te diste un golpe?

(Primero, Aniceto dice que "no"; (y, enseguida, hace con toda precisión la mímica de cargar una pistola, apoyarse un dedo en la sien y disparar.)

¡Oh!... ¿Por qué hiciste eso?

(El la designa con el dedo)

¿Por mí? ¡Esto es horrible! Pensar que, por mi culpa, te he perdido para siempre!

(Dice que "no".)

¿No? ¿Me perdonas?

(Aniceto, con las manos, le da a entender que se explique.)

¿Qué quieres? ¿Que te cuente? Siéntate y no me mires.

(Aniceto se sienta)

Aquella noche fui una loca: Me deslumbró el tenor; estaba tan guapo vestido de don José!... ¡Me dijo unas cosas tan bonitas!.. que me marché con él!

(Aniceto se vuelve hacia ella, (y, cruzando los brazos, la vie-

(no a decir: "¿Y a tí te parece bonito eso?").

Perdóname, Aniceto. No supe lo que hacía.

(El se levanta y le señala la puerta del fondo.

¿Qué es eso? ¿Me echas?

(El mismo juego de Aniceto que obliga a Clara a retroceder hacia la puerta.

¿Me arrojas de tu lado?

(El avanza un paso. Ella se asusta.

¡No! Ni te muevas. ¡Adiós, Aniceto! ¡Adiós para siempre!

(Aniceto, emocionado, se pone una mano sobre el corazón y le envía un beso profundo.

¡Oh! ¡Qué alegría! ¡Me has perdonado! En el jardín te espero.

(Y desaparece rápidamente, dejando perplejo a Aniceto, que se queda frente al público con las piernas abiertas en compás y las manos en jarras.

ANICETO.- Espérame en Siberia, vida mía... ¡Buen fregao! Bueno, ¡bueno! ¡bueno!...

ROLANDO.- (Por la izquierda)

¡Pronto! Baja tú por aquí. El Barón quiere

re que demos una vuelta más. Hay que des-  
concertar al general.

RAMIRO.- (Por la derecha)

¡Enseguida! ¡Otra vuelta más!

ROLANDO.- Tres apariciones casi simultáneas... Tres  
síncopes más...

ANICETO.- Tres años de cárcel, ya lo verás.

(Abrese la puerta del fondo.  
(CLARA, otra vez. Al ver tres  
fantasmas, da un alarido y de-  
(sepárese en el acto.

¡Clara!

RAMIRO.- ¿Clara?

ANICETO.- ¿No decías que era un sogno? ¡El sueño  
de Manón!

ROLANDO.- Ahora sí que va a contar en todas partes  
que somos tres fantasmas.

ANICETO.- No. Yo iré al parque. Me espera en el  
parque... "tomando café".

ROLANDO.- Todo depende ya de nuestra intelligen-  
cia ¡de nuestro valor!

(En este momento, suena un  
(crujido y la vieja puerta-  
(ventana que Aniceto y Rami-  
(ro intentaran abrir en vano,  
(el comienzo del acto, gira  
(sobre sus goznes. Surge un

(FANTASMA. Nadie podría decir  
(si es verdadero o falso.

FANTASMA.- (Da un grito lúgubre y prolon-  
(gado.

¡U-u-u-u-u-u!

LOS OTROS.- (Que retroceden hacia el rincón  
(opuesto.

¡Oh!

FANTASMA.- (Al advertir su presencia)

¡Ah! Ustedes dispensen. ¡U-u-u-u-u-u!

(Y reanudando su grito, se mar-  
(cha por donde había venido.

(La puerta vuelve a cerrarse  
(con nuevo crujido. Ramiro, Ani-  
(ceto y Rolando se miran estu-  
(pefactos.

RAMIRO.- ¡Un fantasma!

ROLANDO.- ¡Un fantasma de verdad!

ANICETO.- (Que, inconscientemente, se ha-  
(bía apoderado de una de las  
(escobas del rincón.

¡Le doy un escobazo que pa qué!

ROLANDO.- ¿Qué hacemos?

RAMIRO.- ¡Avisar al Barón!

ANICETO.- ¿Decirle que hay fantasmas fetén en el  
castillo? ¿Pa quedar como unos idiotas?

ROLANDO.- Más vale no hablar de ello.

ANICETO.- Pero pué volver. Y si atraviesa por el

parque, estoy perdido. Clara se irá tras él. ¡Hay que avisarla!

(Abrese, poco a poco, la puerta del fondo. Los tres falsos fantasmas, se repliegan.

RAMIRO.- ¡Quietos!

ROLANDO.- ¿Es que vuelve?

ANICETO.- (Estarbolando la escoba y yendo junto a la pared del fondo, se acerca a la puerta.

¡Reasad por él!

(Aparece la cara beatífica y satisfecha del BARON.

BARON.- ¡Jé!

ANICETO.- (Sin saber qué hacer)

¡Jé, jé! Un ratón que se había escapao.

BARON.- ¡Luego! Ahora vamos a dar otro gran golpe. Uno de ustedes bajará conmigo. Se han encerrado muchos en la sala de billar. Como tengo otra llave, se collará el fantasma de rondón.

(A Aniceto)

¡Usted!

ROLANDO.- Yo, si es lo mismo.

BARON.- Igual me da.

(A los otros)

Espérenme. Cuandá subamos, veremos que

hay que hacer.

(Se marchan los dos por el fondo.)

ANICETO.- Yo, por lo pronto, avisar a Clara.

RAMIRO.- (Riendo)

¿Con la escoba?

ANICETO.- ¡Si es mi única defensa! ¡La escoba! Como me lo encuentre, ¡le quito el tipo!

(Se echa la hombro la escoba y hace mutis misteriosamente por la derecha, imitando el grito del Fantasma.)

¡U-u-u-u-u-u-u-u-u-u!...

(Queda Ramiro riendo, cuando por la izquierda llega sonriendo, como siempre, SILVIA.)

SILVIA.- Me escapé para volver a verla. No puedo soportar la idea de que es usted un desagraciado.

RAMIRO.- (Disimulando como antes, la voz)

¿Yo?

SILVIA.- ¡Sí! Pero usted va a hacer lo que yo le pida. De ello depende nuestra felicidad: la de usted...y la mía.

RAMIRO.- ¿Eh?

SILVIA.- Usted se quedará en este castillo que es

mío. Ya no se apartará de mí nunca. Así estaré segura de tener constantemente un eco de mis pensamientos, de mis palabras, de mis oraciones. ¡Es tan difícil encontrar un ser que nos comprenda! Usted ha sido el eco de toda mi niñez; ¡yo quiero que lo sea de mi vida entera! Usted que ha vivido sin amar, me expresó su desesperación al verse condenado a amar sin vivir...Y me agregó usted: "sin esperanza de ser amado". Pues bien: yo le voy a amar. ¡Yo le quiero ya, Fantasma!

RAMIRO.- ¿De verdad? ¿Yo le dije eso de "amar sin esperanza de ser amado"?

SILVIA.- ¡Si que lo dije! Pero...¡no se enfade otra vez! ¿Por qué me vuelve a hablar con esa voz?

RAMIRO.- Porque no recordaba haberle dicho eso. Porque no creía haberme aprovechado de la situación, ni haber abusado de la imaginación de usted para decirle cosas que debí callar.

SILVIA.- (Asombrada)

¿Cómo?

RAMIRO.- (Exaltándose)

Porque yo creía haberme atenido, frente a usted, a mi papel de fantasma... ¡y nada más!

SILVIA.- ¿Qué dice? Ese modo de hablar... ese acento... esas palabras. ¿Qué me ha querido usted decir?

(Con amarga decepción)

¿Es que no es usted un...?

RAMIRO.- ¿Un qué?

SILVIA.- ¡Oh! Antes sufría pensando que el fantasma no fuera, además, un hombre. Pero, si ahora me fuese usted a decir que no es un... ¡es horroroso!

(Oculta el rostro entre sus manos y rompe a sollozar.)

RAMIRO.- (Emocionado, para sí.)

¡Oh, esto no!

(A ella)

¡Por Dios, no llore!

SILVIA.- ¡Váyase! ¡Por favor, se lo ruego! Quien quiera que sea usted, ¡váyase!

RAMIRO.- (Que se dirige, resignado hacia una de las puertas laterales, divisa de pronto la ventana alta del fondo.)

¡Ah, no! No tenga temor. Tranquilícese...

¡Serénese! Yo soy un Fantasma...

(Haciendo los ademanes de un fantasma, se sube al banco que dispuso al comenzar el acto para abrir la ventana.

¡Un fantasma!... únicamente!

(Del banco sube al taburete)

¡Un fantasma... de verdad!

(Pasa al antepecho de la ventana y, desde él, destacada su figura blanca sobre el brillante azul de la noche de luna, se despide de Silvia.

Y nunca más dejaré de serlo. ¡Adiós, Silvia!... ¡Soy el fantasma!

(Da un salto en el vacío. Dos segundos de silencio. Enseguida, un grito prolongado, lejano.

SILVIA.-

(Que ha seguido a Ramiro con creciente interés, sonríe de nuevo.

¡Es un fantasma de veras!...

(Sin embargo, al reflexionar, debe de experimentar algo de duda, de temor y hasta de sentimiento, porque, a media voz, añade:

Pero, ¿será posible, Dios mío? ¿Será posible?

T E L O N

SILVIA Y EL FANTASMA



ACTO TERCERO.



SILVIA Y EL FANTASMA

---

NOTO TERCERO.

---



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

## ACTO TERCERO

### PRIMER CUADRO.

El mismo lugar de acción del acto segundo.

(ROLANDO, sentado en un taburete; y ANICETO, poseando de un lado el otro. Ambos visten de fantasmas sin capuchones.)

ROLANDO.- Tranquilidad... Ante todo, ¡tranquilidad!

ANICETO.- Yo es que me hago el primer lío, ¡te lo juro! ¿Esto es "Rocamboles" o "El misterio del cuarto amarillo"?

ROLANDO.- Esto tiene que tener su explicación. Vamos a ver: después de las primeras apariciones de Remiro, ¿no hablaste tú con él?

ANICETO.- Hablamos.

ROLANDO.- ¿Y qué te dijo?

ANICETO.- Que se había encontrado con una muchacha... ¡encantadora!

ROLANDO.- ¿Eso es! ¿Y no te añadió que le gustaría verla de nuevo?

ANICETO.- ¡Vamos, anda! Eso mismo le pregunté yo, y me contestó: - "¿Para qué?"

ROLANDO.- ¡Claro! Se había enamorado también de ella.

ANICETO.- ¡Miá que tenéis potra los dos! Enamorando a una niña bien, mientras que yo, con las mismas prendas, -¡porque no me digas que no son las mismas prendas!- ni la he guipeo tan siquiera...

ROLANDO.- Tú has reconquistado a tu bailarina...

ANICETO.- Eso, sí. Y que me ha encontrao, como ella dice, "¡abracadabrante!".

ROLANDO.- Al Barón hay que terminar de enterarle de todo: de la aparición del verdadero fantasma... de lo que ha visto tu emiguita Clara...

ANICETO.- ...De lo que me dijo Remiro de ese non plus de chica...

ROLANDO.- ¡No! De eso, yo te suplico que no hables.

ANICETO.- ¡A mí me es igual! ¡Con tal de que aparezca!...

ROLANDO.- (Levantándose y saliendo al encuentro del BARÓN, que llega por la izquierda.)

¿Algo nuevo, Barón?

BARÓN.- Nada; ni el menor vestigio. Acabo de re-

gistrar todo el segundo piso.

ANICETO.- ¿Na más el segundo?

BARON.- Hemos recorrido el castillo entero. Y digo "hemos" porque me ha acompañado el mayordomo. Puse a Héctor al corriente de todo; es un chico listo y conoce el castillo como nadie. Pero, todo inútil. ¡Su amigo de usted sigue sin parecer!

(Se sienta delante de la puerta vieja.)

ANICETO.- En eso ya estábamos, mi respetable don Aquilino.

BARON.- No sé ya qué intentar. Ahora vendrá Héctor para ver qué hacemos. Pero le he dicho que, antes, dé una vuelta alrededor del castillo.

ROLANDO.- ¿Por el parque?

BARON.- Sí. Para tener la seguridad de que no tenemos por fuera lo que buscamos por dentro. Héctor nos lo dirá.

ANICETO.- ¡Pues como tenga el encuentro que pué que tenga, se va a quedar, mayormente, sin patillas el mayordomo!

BARON.- ¿Qué encuentro?

ROLANDO.- Aniceto le contará un hecho que he pre-

senciado; pero antes quiero enterarle de otro suceso reciente.

BARON.- ¿Anterior o posterior a la desaparición de su compañero?

ANICETO.- ¡Anterior! Y asegúrese bien el bisoñé, no se le vaya a volar del susto.

ROLANDO.- Yo no quería hablarle de ello hasta que terminase la fiesta; pero, en vista de lo que ha ocurrido, es preferible que sepa usted, desde ahora mismo, a qué atenerse.

BARON.- Me inquietan ustedes.

(Llaman a la puerta de la izquierda.)

Esperen un instante.

(Va a la puerta y la entreabre)

¡Ah! ¿Es usted, Héctor? Adelante.

(Sale HÉCTOR)

Mi mayordomo, de quien les acabo de hablar.

(Héctor se inclina)

ANICETO)  
ROLANDO) - ¡Buenas noches!

BARON.- Estos señores son... dos de los tres, ya usted me entiende.

ANICETO.- Y, de tres, que éramos uno, estamos sin uno los dos.

HECTOR.-- Ya, ya... ¡Y que no hay manera de encontrarlo! señor Barón!

BARON.-- Proceda entonces examinar lo que nos queda por hacer. Ustedes me iban a decir... ¿No les molesta Héctor?

ROLANDO.-- Al contrario, señor Barón.

BARON.-- Soy todo oídos.

(Vuelve a sentarse delante de la puerta vieja.)

ROLANDO.-- Señor Barón... No sé cómo empezar.

BARON.-- Diga, diga...

ROLANDO.-- Señor Barón...

ANICETO.-- (Con resolución)

¡Su castillo de usted tiene fantasmas!

BARON.-- ¿Cómo?

ANICETO.-- ¡Ni cómo ni ná! ¡Tiene fantasmas!

ROLANDO.-- Hace una hora, estando aquí reunidos los tres, se nos apareció uno de verdad.

BARON.-- (A Héctor)

¿Usted oye?

(A Rolando)

Pero, ¿dónde fué?

ROLANDO.-- Aquí mismo.

BARON.-- ¿Por dónde entró?

ANICETO.-- (Señalando a la puerta vieja)

¡Por aquí!

(El Barón se levanta de un salto y va al extremo opuesto.)

No; si esto de los fantasmas es muy gracioso... La puerta se abrió misteriosamente para darle paso y...

BARON.- (Todavía tremulo)

Y... ¿qué hizo?

ROLANDO.- Nada. Pareció sorprenderse al vernos aquí... y se retiró con mucha dignidad por la misma puerta.

HECTOR.- (Convencido)

¡Gontrán de Toucy!

ANIBERTO.- ¿Qué dice?

BARON.- ¿Usted cree, Héctor?

HECTOR.- No hay duda, señor Barón: ¡él es!

ROLANDO.- ¿Quién?

HECTOR.- ¡Gontrán de Toucy!

ROLANDO.- Pero... ¿quién era?

ANIBERTO.- Deja al "Zaragozano" que te lo explique.

HECTOR.- Uno de los antiguos dueños de este casti-  
llo...

BARON.- ...Que murió emparedado en este piso se-  
gundo...

HECTOR.- ...Sin que, desde 1572, fecha de su de-  
saparición, se haya podido dar con su

cadáver, ni hallar rastro siquiera de  
si esqueleto.

ANICETO.- Oiga, amigo. ¿No podríamos seguir esta  
conversación en otro lugar?

BARON.- No. Hay que conservar la sangre fría.

(Mirando a la puerta-ventana)

¿No volverá, verdad?

HECTOR.- (Siempre con decisión)

Volverá, seguramente.

ANICETO.- Eso me lo dice usted en la escalera...  
¡y tan amigos!

HECTOR.- (Sin hacerle caso)

Volverá, porque las crónicas de aquel  
tiempo nos presentan a Contrán de Toucy  
como un ser obstinado y encarnizado, que  
debió sus escasas victorias a su tenaci-  
dad.

ANICETO.- Pero, ¿qué prueba que sea él?

HECTOR.- Que entró por esa puerta.

ROLANDO.- ¿Y a dónde da esa puerta?

ANICETO.- Eso digo yo: ¿A dónde da esa endemonia-  
da puerta?

HECTOR.- A la antigua torre-atalaya, cuya parte  
superior resulta inaccesible desde hace  
varios siglos.

ROLANDO.- Inaccesible, ¿por qué?

HECTOR.- Porque la escalera se hundió a la altura del primer piso. Cuando se llega a los últimos peldaños, se divisa una trampa que comunica con la parte de la torre que conduce aquí. Pero hay una solución de continuidad, un hueco, que impide en absoluto alcanzarla. Para llegar hasta ella, sería preciso poderse librar de las leyes de la gravedad, o ser un pájaro...o ser un fantasma.

ROLANDO.- (Pensativo)

Evidente...

ANICETO.- Evidente... que nos hemos podido dar un batacazo de órdago con esto de la máscara!

BARON.- Debíó usted avisarnos.

HECTOR.- En cuanto a esta puerta, que fué la última que se cerró tras de Gontrán de Toucy, ¡nadie jamás pudo volver a abrirla!

ANICETO.- ¿Les parece que la atranquemos?

BARON.- No estaría mal.

HECTOR.- ¿Para qué? Para él no habré obstáculos.

ANICETO.- (A Rolando)

¿Tú ves como yo tenía razón? ¡No debe-

nos provocarle más continuando aquí!

ROLANDO.- Pues baja tú. Mira: vé por tu amiga Clara y vuelve con ella.

ANICETO.- ¿Te corre mucha prisa?

ROLANDO.- Nos urge que diga con exactitud lo que ha visto. Porque ahora, señor Barón, queda por hablar del segundo incidente de esta noche.

ANICETO.- Es que Clarita pué ser una visionaria.

ROLANDO.- (Impaciente)

¿Quieres o no ayudarnos?

ANICETO.- ¡Tampoco hay que sulfurarse! Verás qué pronto.

(Va por una de las escobas del rincón.)

ROLANDO.- Pero... ¡no bajas así! ¡Quitate ese traje!

ANICETO.- ¡Ah! Bueno...

(Obedece, apareciendo vestido como en el primer acto.)

Tampoco está mal pensao...

ROLANDO.- (Volviéndose al Barón)

¿Tiene usted inconveniente en que venga la señorita Clara?

BARON.- ¿La bailarina?

ROLANDO.- Ella acaso pueda facilitarnos algún dato

interesante.

BARON.- Al contrario, al contrario...

(A Aniceto)

¡Vaya pronto, amigo!

ANICETO.- ¡Como las balas!

(Coge una escoba y se va con  
ella por la izquierda.)

BARON.- No me explico cómo puede esa Clara ilustrarnos en lo de la aparición.

ROLANDO.- Verá usted. Estando ella en el parque, hace un rato, vió, según dice, un fantasma. Yo supuse que podía ser Ramiro; pero el fantasma, según ella, andaba por el aire.

BARON.- Quizás sea una segunda manifestación del señor de Toucy.

HECTOR.- ¿Me permite una pregunta? ¿La aparición se produjo ante la fachada del castillo?

ROLANDO.- No se lo puedo precisar.

HECTOR.- Es que Clemencia me ha dicho que también vió un fantasma, que pasó, de pronto, delante de una de las ventanas del piso bajo. Y, como el piso bajo está a unos metros del suelo, podría deducirse de esta circunstancia cierta relación entre

las dos apariciones.

ROLANDO.- (Como antes)

Evidente...

BARON.- Usted debió decirlo antes. Vaya a llamar a Clemencia.

HECTOR.- ¿Y he de traerla aquí?

BARON.- Inmediatamente.

HECTOR.- Con vendría acaso, señor Barón, tener en cuenta su extremada sensibilidad. Con sólo ver al señor...

(Señala a Rolando)

podría darle un accidente... Además,

(Indicando la puerta-ventana)

¡aún puede volver Contrán!

BARON.- Volver... puede volver en cualquier sitio.

ROLANDO.- Y aquí debemos esperar aún a Ramiro.

BARON.- ¡Cierto! Preferible es que tranquilicemos a esa chica... y a toda nuestra gente. Ahora que se nos presenta un auténtico fantasma, es la ocasión de decir a nuestros invitados que no se trata más que de fantasmas ful. ¡Se acabaron las bromas! Lo primero, disimular nuestra inquietud... ¡Una sonrisita, Héctor! Se impone la sonrisa. ¡Así!... Ahora va-

ya usted por Clemencia y explíquela que no tiene nada que temer... que el señor.

(Por Rolando)

es un amigo...

HECTOR.- Bien, señor Barón.

(En el momento en que Héctor va a hacer mutis por la izquierda, aparece por la misma puerta CLARA, seguida de ANICETO.)

BARON.- Le ruego, señorita, que me dispense por hacerla venir. Pase, por favor. ¡Ande usted, Héctor! Y, de paso, ordene que se sirva la cena...y que vuelva a tocar la orquesta.

HECTOR.- Bien, señor Barón.

(Mutis)

ANICETO.- Pasa sin cuidado, mujer, que tos son de carne y hueso.

BARON.- Lamento esta molestia, señorita; pero tengo entendido que usted podría facilitarnos algunos detalles...

CLARA.- Encantada de poder serle útil.

BARON.- A ello vamos. ¿Usted estaba en el parque hace un momento?

CLARA.- Sí, señor; con Aniceto.

BARON.- ¿Usted también estaba?

ANICETO.- Sí; pero yo no ví... "ni ésto".

CLARA.- Aniceto estaba de espaldas al castillo.

BARON.- ¿Usted, señorita, divisó un fantasma?

CLARA.- ¡Sí, señor!

ROLANDO.- ¿Está usted perfectamente segura de lo que ha visto? ¿De no haber sufrido una de esas alucinaciones que de noche son tan frecuentes?

CLARA.- ¡Hace una noche de luna inolvidable!

ROLANDO.- ¿Dónde estaba el fantasma?

CLARA.- Ante la fachada del castillo.

ROLANDO.- ¿En qué sitio, poco más o menos?

CLARA.- Más bien a la izquierda de donde yo estaba, entre el primero y el segundo piso.

BARON.- ¿Entre el primero y el segundo piso?

ROLANDO.- ¿Está usted segura de que se hallaba a esa altura?

CLARA.- ¡Oh, sí! Porque las ondulaciones del parque me impedían ver todo el piso bajo y parte del primero.

BARON.- De modo que a la izquierda, mirando a la fachada... Es decir, en el ala derecha; la misma en que estamos.

ROLANDO.- ¿Y el Fantasma, qué hacía?

CLARA.- Parecía que flotaba en el aire. Pero só-

lo le vi durante un segundo. Enseguida desapareció.

ANICETO.- Y oímos un grito muy grande, que venía del castillo.

BARON.- ¿Un grito grande?

ANICETO.- Algo así como un berrido, digo yo.

ROLANDO.- Pero, ¿de dónde salió ese fantasma?

BARON.- (A ella)

Usted, de seguro, vió de dónde venía.

CLARA.- No, señor Barón.

ROLANDO.- ¿Se le apareció repentinamente, así, entre los dos pisos?

CLARA.- Le vi de pronto, al abrir los ojos.

ROLANDO.- ¿De modo que tenía usted los ojos cerrados?

CLARA.- Sí, señor.

BARON.- ¡Caramba, señorita! ¿Por qué se le ocurrió cerrar los ojos?

CLARA.- Porque Aniceto me estaba abrazando...

BARON.- ¡Ah, ya!...

ANICETO.- ¡También hace usted unas preguntitas de supa, señor Barón!

(Aparecen en el fondo HECTOR  
(y CLEMENCIA.

CLEMENCIA.- ¿Da el señor Barón su permiso?

BARON.- Adelante, Clemencia. No tema usted nada. Ya puede ver que los fantasmas no tienen nada de terribles.

CLEMENCIA.- (Mirando, aún recelosa, a Rolando.)

Ya lo veo, señor.

BARON.- ¿De modo que se llevó un susto hace poco al creer que vió uno en el parque?

CLEMENCIA.- Es que lo vi muy claro, señor Barón. ¡Aquel no era fingido!

BARON.- ¿Dónde estaba usted?

CLEMENCIA.- (Siempre temerosa)

¿Yo? En la habitación "Príncipe de Prusia".

BARON.- ¿En la habitación "Príncipe de Prusia"?

CLEMENCIA.- Sí, señor; con Héctor.

BARON.- ¿Cómo es eso, Héctor? ¿Usted estaba allí también?

HECTOR.- Sí, señor Barón; pero no me di cuenta de nada.

ANICETO.- Este no vió tampoco "ni ésto".

CLEMENCIA.- El señor Héctor estaba de espaldas a la ventana.

BARON.- ¿Con que de espaldas a la ventana, eh?

HECTOR.- Yo vi sólo a Clemencia estremecerse.

BARON.- ¿Dónde estaba el Fantasma exactamente?

CLEMENCIA.- Fuera, señor Barón. Delante de la ventana.

BARON.- ¿Delante de la ventana? Pero, ¿cómo vino?

CLEMENCIA.- Repentinamente; parecía que bajaba del cielo.

BARON.- Conque bajaba del cielo, ¿eh? ¿Usted le vió llegar?

ANICETO.- Tenía los ojos cerrados, ¿verdad, Patillas?

CLEMENCIA.- Le vi perfectamente; ¿por qué iba a cerrar los ojos?

BARON.- Bien, hija mía; muy bien. Y luego, ¿qué ocurrió?

CLEMENCIA.- Nada. Que desapareció instantáneamente.

BARON.- Se desvaneció...

CLEMENCIA.- ¡Eso! Me pareció que se lo tragaba la tierra.

BARON.- ¡Bien! Y, entonces, fué cuando dió usted el grito...

CLEMENCIA.- ¿Un grito? ¡Oh, no!

BARON.- ¿No fué usted la que gritó?

CLEMENCIA.- ¡Oh, no señor! No podía...

BARON.- ¿Que no podía? ¿Por qué?

CLEMENCIA.- Porque el señor Héctor... me estaba be-

sando.

ANICETO.- ¡Zúmbale la badana, que vienen empujando! Te percaterás, Clarita, de que estás en primaria...

BARON.- (A Héctor)

¡ Hombre! Le felicito a usted.

HECTOR.- Perdóneme el señor Barón; yo estaba tan lejos de pensar que...

BARON.- Ya, ya...

HECTOR.- Además, el que gritase Clemencia no hubiese añadido nada, porque otra persona lo hizo en su lugar.

BARON.- ¿Quién?

HECTOR.- No lo sé; pero gritaron.

ANICETO.- ¡Gritaron! ¡Si lo sabré yo!...

HECTOR.- Salió el grito de el lado mismo de la ventana en que nos hallábamos. Pero yo no podía figurarme que ese grito había de adquirir tanta importancia.

BARON.- La tiene porque, sin duda, lo dió la última persona que vió al Fantasma.

ROLANDO.- Esa persona es la única que puede decirme quien era y por donde desapareció.

HECTOR.- Yo puedo interrogar al personal. Después...

BARON.- ¡Aguarde! La ventana de la habitación "Príncipe de Prusia," ¿no está cerca de la terraza?

HECTOR.- Es la segunda, partiendo de la derecha.

BARON.- ¡Vaya usted a llamar a mi hermana!

HECTOR.- La señora Condesa sigue todavía con su tercer síncope.

BARON.- Bien. Pero ahora recuerdo que, entre las últimas palabras que me dirigió, después del segundo, figuraban las de "bandido" y "terreza".

ANICETO.- ...Que también es un insulto.

BARON.- Vaya usted por ella, Héctor. Si no ha despertado, que la despierten y la traigan. Yo no puedo interrogarla delante de sus amigas.

HECTOR.- Bien, señor Barón.

BARON.- Vaya usted con Héctor, hija mía. Reaníme a la señora Condesa cuánto antes...

ANICETO.- ¡Y ojo con la habitación "Príncipe de Prusia"!

CLEMENCIA.- ¿Yo? ¡No me lo recuerden!...

HECTOR.- Vamos, vamos...

CLEMENCIA.- A las órdenes del señor Barón.

(Mutis por el fondo)

BARON.- En cuanto a usted, señorita Clara, le ruego que me perdone... Vuelva usted a mezclarse con los invitados y cene alegremente: el señor la acompañará.

ANICETO.- Yo bien quisiera; pero...

(Mostrando su traje desastroso)

¡Con esa pinta, en medio de los salones!.

BARON.- ¡Bah! A estas horas, la indumentaria no tiene ya importancia.

CLARA.- Además, yo llevo en mi equipaje un traje de torero...

ANICETO.- ¿De veras?

CLARA.- Nunca me separaré de él.

BARON.- ¡Muy bien! Pues, tráigaselo. Que se vista de torero; y ello contribuirá a que renazca la alegría.

ANICETO.- Serviré a los comensales de pim pampuni con las migas de pan...

BARON.- Porque el otro traje...

(Señalando a las sábanas de fantasmas.)

me parece menos adecuado...

ANICETO.- ¡Ni hablar, hombre, ni hablar! ¡Antes que de fantasma, hago esta noche yo de Manolete!

CLARA.- Voy en un vuelo...

(Al mutis por la izquierda)

¡Ay, qué hombres! ¡Qué hombres!...

BARON.- Cuanto más pienso, más simpático me resulta...

ANICETO.- (Dándose por aludido)

Es favor.

BARON.- No es por usted.

ANICETO.- ¡Ya!

BARON.- Hablo del síncope... del segundo síncope de mi hermana.

ROLANDO.- ¿Por qué?

BARON.- Porque parece que coincide con el famoso grito.

ROLANDO.- La habitación "Príncipe de Prusia", ¿se halla en el mismo cuerpo de edificio que ésta en que estamos?

BARON.- Exacto. En el ala derecha.

ROLANDO.- ¿En la misma parte del ala derecha?

BARON.- Dos pisos exactamente debajo de donde nos hallamos.

ROLANDO.- ¡Ya me lo temía yo!

BARON.- No le entiendo.

ROLANDO.- (A Aniceto)

¡Reza por nuestro amigo!

ANICETO.- ¡Por tu vida, explícate; que se me suba la tensión!

ROLANDO.- Señor Barón: desde que le puse el corriente de la aparición que presenciábamos, usted no persigue más que un objeto: identificar el famoso fantasma. Pero yo solo pienso en una cosa: averiguar el paradero de Ramiro.

BARON.- ¿Teme usted que fuera su compañero el fantasma que vió esa señorita por el aire entre el primero y el segundo piso?

ROLANDO.- Por desgracia, lo temo. Nadie le vió inmóvil. En el momento siguiente al que usted acaba de recordar, pasa delante de una ventana del piso bajo, situada también debajo de ésta; y un segundo después se oye un grito, cuando parece que se lo traga la tierra...

BARON.- ¿Piensa usted en una caída?

ANICETO.- Una caída de pronóstico... Porque desde ahí...

(Va hacia la ventana del fondo (y, mientras que sigue el diálogo, coloca, -como hizo Ramiro en el acto segundo,- un banco y, sobre él, un taburete, para subir hasta el estope-

(cho de aquella.

ROLANDO.- Una caída demasiado rápida para un ser inmaterial; para un verdadero fantasma.

BARON.- ¿Un accidente desgraciado, entonces?

(A Héctor, que vuelve, solo, por el fondo.

¿Qué hay, Héctor?

HECTOR.- Puede considerarse que el grito lo dió, como suponíamos, la señora condesa.

BARON.- ¿Y por qué gritó?

HECTOR.- No lo dice. Recobra muy lentamente el conocimiento.

BARON.- ¿No intentó usted interrogarla?

HECTOR.- Lo intenté; pero sus contestaciones son aún muy confusas. Únicamente, palabras sueltas: "mónstruo", "foso", "terrazza"... pero como las mezcla con "azucenas" y "visón", creo que no debemos concederles excesiva importancia.

BARON.- ¡Claro!

HECTOR.- Pude obtener, en cambio, algunos informes de las personas que estén con ella. La señora Condesa fué hallada tendida exánime en el fondo de la terraza.

BARON.- ¡Ya!

HECTOR.- En la misma orilla del foso. Y como hubo que quitarla el vestido, que lo tenía chorreando, consideran las personas que rodean a la señora Condesa que ha debido de caer al agua, que ella sola se salió, y que, agotada por el esfuerzo, se desmayó... Pero, todo ésto, a mí no me convence.

BARON.- Mi hermana no sabe nadar.

HECTOR.- Pues hay otro detalle significativo. Yo he examinado el vestido que llevaba la señora Condesa... y sólo la parte delantera está muy mojada.

ROLANDO.- Permitame: ¿el foso pasa debajo de esta ventana?

HECTOR.- Sí, señor. Y llega hasta la terraza.

ROLANDO.- ¿No ves nada ahí abajo, Aniceto?

ANICETO.- (Mirando hacia afuera)

Yo todo lo veo negro.

ROLANDO.- ¿No flota algo?

ANICETO.- Nada.

ROLANDO.- ¿Cómo que nada?

ANICETO.- Que ni flota, ni nada... ni ná.

ROLANDO.- ¡Hay que bajar y registrar el foso!

HECTOR.- Yô he bajado a la terraza. Me fué muy fácil hallar el sitio en que estaba la señora Condesa cuando le levantaron del suelo. Allí no noté nada de particular, salvo, en algunos sitios, una cierta humedad que pudo ser causada por salpicaduras medio absorbidas ya por el cemento.

ROLANDO.- Salpicaduras procedentes, digo yo, del chorro de agua levantado por la caída de un objeto pesado dentro del foso...

HECTOR.- ...Lo cual explicaría que las tales salpicaduras alcanzaron a la señora Condesa por un lado solamente, estando ella, -supongamos-, tomando el fresco en la terraza y mirando al foso.

ROLANDO.- Sólo restaría, para explicar el grito y el desmayo, imaginar cual sería el espanto de la Condesa al ver que ese objeto era, -¡supongamos también!-, un cuerpo humano zambullido a sus pies.

HECTOR.- ¿Cómo? ¿Es que usted piensa...?

ANICETO.- ¡Rijo! Más claro... ¡agua!

BARON.- No perdamos la cabeza, joven. Usted corra y corra, formulando hipótesis más

o menos sensatas, empeñado en que su amigo se lanzó en el vacío... ¿Qué razón podía tener para ello? ¿Se le conoce algún motivo para semejante acto de desesperación?

ROLANDO.- No... Es decir: no creo.

ANICETO.- ¡Ni por soñación!

ROLANDO.- Pero la caída pudo ser involuntaria.

BARON.- ¿Usted cree? Pero, no. En un día como éste, la cosa sería para mí horrorosa. No hay prueba material ninguna de esa caída. Y, aun cuando fuera procedente examinar esa eventualidad, yo creo que mientras que no hayamos explorado el foso, mientras que el cadáver de su amigo Ramiro no nos venga a gritar que todo se acabó...

(En este momento, la puerta-ventana se abre con un grúgido, que hace tambalear a Aniceto en su altura, apareciendo un fantasma no menos impresionante que el del acto segundo:  
(RAMIRO.

RAMIRO.- (Como el primer Fantasma.)

¡U-u-u-u-uu!

BARON)

ROLANDO)

ANICETO)

¿Eh?...

RAMIRO.- Todo se acabó, señor Barón.

ROLANDO }  
ANICETO } - ¡Ramiro!

RAMIRO.- Dispénseme que no grite; es que no puedo ya.

BARON.- (Asustado)

No entiendo...

RAMIRO.- Usted quiso jugar con los fantasmas; pero había que pagar la factura y la he pagado yo. Usted está ya libre de deudas con ellos; pero no conmigo, Barón.

BARON.- ¿Con...usted?

RAMIRO.- Su hija, -su encantadora Silvia-, necesitaba un fantasma para poblar los cuentos azules de su niñez. En adelante, ese fantasma será siempre yo. Pero también le hace falta un marido para animar los sueños que anhela convertir en realidad. Este marido será Rolando; yo se lo aconsejo, yo se lo ordeno. Sólo con esa condición, usted y yo quedaremos en paz... ¡Rolando, esposo de Silvia! Piénselo bien, señor Barón.

(Con un sonido semejante al del anterior fantasma.

¡U-u-u-u-u-u!

(Con más fuerza, encarándose  
(ahora con Aniceto, que sigue  
(en lo alto del taburete.

¡U-u-u-u-u!

(Desaparece lo mismo que vino.  
(Aniceto, del susto de última  
(hora, cae al suelo estrepiti-  
(tosamente. Rolando acude a re-  
(cogerle. El Barón y Héctor se  
(miran asombrados.

ROLANDO.- ¡Aniceto!

(Lo levanta entre sus brazos)

¡Qué caída!

ANICETO.- ¡Yo no soy Aniceto! ¡Yo voy a ser tam-  
bién el fantasma de Aniceto!

(Cae rápido el telón. La músi-  
(ca interior, que sonaba dulce-  
(mente, adquiere brillantez y  
(no cesa de sonar mientras que  
(se realiza, -lo más rápidamen-  
(te posible-, la

M U T A C I O N

-----

SEGUNDO CUADRO.

La misma decoración del acto primero; el parque del castillo; inundado ahora por la luz de un claro de luna, magnífico. La música del intermedio ha cesado.

-----

(SILVIA aparece sola en escena. (Ha salido a buscar, al pie del castillo, la explicación de la caída de Ramiro. De pronto, se oculta detrás de los árboles (de la izquierda porque ve al BARON y ROLANDO, que llegan por el foro derecha.

BARON.- ¿No ha visto usted nada en el fondo del foso?

ROLANDO.- Nada, señor Barón.

BARON.- Venga para aquí; que nadie del castillo note nuestra presencia en el parque; que nadie sospeche lo sucedido...

ROLANDO.- ¡Pobre Ramiro!

BARON.- ¿Usted le vió, verdad? A él, a su fantasma... ¡o a lo que sea!

ROLANDO.- Sí, Barón; le ví y le oí.

BARON.- No ha sido, pues, una alucinación. Era

él...

ROLANDO.- Era... su fantasma.

BARON.- Se mató. Fue una caída de veras.

(Mirando hacia el castillo)

¡Qué altura! ¡Qué estúpida manía la de aquella gente de construir unos pisos tan altos de techo!

(Pausa)

Cuando mi hermana se entere, ¡qué no tendré que oír!

ROLANDO.- Usted no tiene la culpa.

BARON.- Eso cree usted; pero ella propalará que yo he traído la catástrofe a esta casa... por mis extravagancias, por mis fantasías... Digame, amigo mío: cuánto dijo su pobre compañero, ¿es exacto? ¿Conoce usted ya a mi hija? ¿Habló con ella?

ROLANDO.- Únicamente bajo este disfraz. Ella habló conmigo; habló con Ramiro y cree haber hablado siempre con el mismo fantasma.

BARON.- Yo le pido un favor. ¿Usted le va a decir quién es!

ROLANDO.- ¡Eso nunca!

BARON.- Se lo ruego; es preciso. ¡Aunque no le hable usted de otra cosa! Lo demás, lo trataremos más tarde usted y yo. Por hoy

es necesario que ella sepa, al menos, quién es usted...

ROLANDO.- Pero...

BARON.- Se me figura que... al proceder así, empezaremos a cumplir la última voluntad de su camarada. Después de todo... ¿quién sabe? ¡Se lo ruego a usted por mi hija!

ROLANDO.- Lo que usted me está pidiendo es que destruya el sueño acaso más hermoso de su vida.

(SILVIA ha asomado, hace un momento, la cabeza entre los árboles.)

BARON.- ¡Pero es preciso! Y nadie mejor que usted para hacerlo. Voy a buscarla y, con cualquier pretexto, la encaminaré hacia aquí. Gracias, amigo. Al acceder a ello, alivia usted un poco mi turbación.

(Mutis por el foro derecha. Enseguida Silvia sale de su escondite y, con maliciosa sonrisa, observa a Rolando, que se pasea de un lado a otro, sin verla. El joven duda, vacila. De pronto, se pone el capuchón en la cabeza y adopta una actitud de fantasma. Entonces, Silvia se acerca a él.)

SILVIA.- ¡Cuánto temí no encontrarle, Fantasma!

Esperé oculta en aquel corredor de arriba. Vi entrar a mi padre y otras personas tuve que bajar antes de que esa gente saliera... y ya no me quedaba esperanza de volver a verle... ¿Qué pretendían de usted?

ROLANDO.- Querían cerciorarse de que yo era un fantasma auténtico.

SILVIA.- Entonces, ¿tuvo que salir otra vez por la ventana para convencerlos?

ROLANDO.- ¿Por la ventana?

SILVIA.- ¡Claro! Como hizo para convencerme a mí!

ROLANDO.- ¡Ah!...

(Pausa)

No: no fué necesario.

SILVIA.- ¿Esté usted disgustado, Fantasma?

ROLANDO.- ¿Disgustado? ¿Por qué?

SILVIA.- Entonces, dígame algo. ¿No tiene ningún otro cuento que contarme?

ROLANDO.- Uno muy interesante.

SILVIA.- ¡Oh!...

ROLANDO.- El más maravilloso que conozco. Pero también el más triste.

SILVIA.- ¡Por Dios!... Que no lo sea demasiado.

ROLANDO.- Es la historia de dos fantasmas. O, mejor dicho, de dos infelices a quienes ha-

bían pagado para que hicieran el mismo papel. Ellos habían aceptado; en primer lugar porque tenían hambre; pero también porque les parecía prodigioso ser ellos, durante algunas horas, los protagonistas de un cuento de hadas. ¡Qué ajenos estaban los pobres a que todo se les iba a acabar para siempre!

SILVIA.- ¡Qué lástima! ¡Era tan bonito el principio!...

BOLANDO.- Y todo fué porque esa pantomima les permitió acercarse a la mujer, -o a la niña,- en cuyo honor esa extraña fiesta se celebraba. El primer encuentro no pasó de una mirada... De una mirada por donde el alma se asomó. Y ni por un segundo pensaron aquellos infelices en retener aquella alma que huía, sino en huir con ella. Desde aquel instante, abandonaron sus cuerpos; y, sin duda porque su nueva amiga, creyendo tratar con Fantasmas les abrió su corazón, diciéndoles palabras que sólo a espíritus podían ofrecerse, quiso el Destino que jamás volvieran a tomar posesión de aquellos cuerpos, de donde acababan de evadirse. El

primero se mató...

SILVIA.-

(Asustada)

¿Se mató?

ROLANDO.-

Se mató... olvidando que aún vivía, para dar la prueba más exaltada de que era un fantasma de veras y no causer una decepción a la mujer que en él confiara. Al segundo le sorprendió el final de la fiesta errando aún en el mundo de los seres vivientes. Por todos lados le apremiaban voces, -puesto que la farsa había concluido,- para que dijese que era un hombre y se portase como tal. Pero entonces comprendió que también para él todo había acabado. En el momento de gritar: "¡Yo vivo!" tuvo de pronto conciencia de que ya no existía: El era un fantasma nada más; no podía ser otra cosa. ¿No estuvo acaso más atento siempre al quejido del viento que al de los hombres? ¿No se consagró más a cantar la miseria que a olvidarla? Y aquellos brazos suyos, aquellas sombras lastimosas, ¿para quien podían ser un refugio o un apoyo? ¿Cómo se hubiera él atrevido a

hablar de aquel cuerpo suyo sin traicionar las horas más bellas que acababan de transcurrir?

(Con pasos pequeños va andando  
(hacia atrás, alejándose de ella)

Yo soy un fantasma; con una sola aspiración: conservar eternamente en la memoria los rasgos de una imagen bella, que me ha costado la vida.

SILVIA.-- ¡Fantasma! Espere...

(Rolando se detiene)

Cuando usted me contó la historia del Príncipe y el Fantasma, ¡cómo me gustó el final del cuento! Era más bonito que el que yo conocía. Permítame que, para este otro cuento, yo tenga otro final. Aquella niña en cuyo honor se organizó la fiesta, no es tan candorosa como el Fantasma se figura. Y en el momento en que él se va a marchar, ella le grita:—"¡No te vayas!" Y es que ella sorprendió aquella noche muchas cosas y... por algo cumplió veinte años.- "No te vayas, Fantasma",- le dice,- "Si yo tuviera siempre a mi lado alguien que fuera sensible al quejido del viento, me haría más aten-

ta a los demás quejidos del mundo. Si él centara para mí la miseria, pronto la miseria dejaría de asustarme y yo acudiría a ella para aliviaria". El Fantasma comprende todo ésto, y sabe que una cosa tan ligera y tan frágil como la felicidad humana puede descansar confiada en dos brazos de ensueño. Entonces la niña posee el más bello regalo de cumpleaños que su padre podía ofrecerla. Y la mujer en que acaba de transformarse divisa ya, en el porvenir, toda una vida de ventura junto a aquel ser, -fantasma o no-, con que de niña soñó sin cesar"...

(Ella se ha vuelto hacia él.  
(Ambos permanecen un momento  
(frente a frente. Pero Silvia  
(como asustada de pronto por lo  
(que acaba de decir, echa a co-  
(rrer y desaparece por el fondo.  
(Rolando vacila un instante, pe-  
(ro no se decide a seguirla y  
(se quita el capuchón. Detrás  
(de unas matas, en primer tér-  
(mino, surge RAMIRO de fantas-  
(ma.

RAMIRO.- Corre tras ella, Rolando.

ROLANDO.- ¿Ramiro?...

RAMIRO.- (Abandonando su actitud rígida)

¡Claro! Contigo, farsas, no.

ROLANDO.- Pero, ¿vives?...

RAMIRO.- Tranquilízate.

(Se quite el capuchón)

ROLANDO.- ¿No te hiciste daño?

RAMIRO.- Ninguno.

ROLANDO.- ¿Por qué diste el salto aquel por la ventana?

RAMIRO.- ¿Por qué?... Para tranquilizarla, para convencerla de que era un fantasma de verdad. No podía contener su llanto al sospechar que yo fuese un hombre y, sin embargo, acababa de suspirar, pensando en tí, temiendo que no fueras más que fantasma.

ROLANDO.- ¡Podías haberte metado!

RAMIRO.- Sí. Por primera vez en la vida me olvidé de mí mismo. Y ese arranque de confianza me dió el premio: el viento, al penetrar bajo mi sábana, ayudó a sostenerme... y descendí como un paracaidista. Ni siquiera caí en el foso; el viento me arrastró a la terraza. ¡Un salto de fantasma completo!

(Ríe simpáticamente)

ROLANDO.- ¿Por qué hiciste luego aquella aparición?

RAMIRO.- Para que el Barón me hiciera caso. Si yo me presento vestido de americana, ante él, y le digo: "Señor Barón: su hija está enamorada de Rolando"... se oyen todavía sus carcajadas. Mientras que ahora...

ROLANDO.- Gracias, Ramiro. Pero, ¿cómo volviste a subir? El mayordomo asegura que la torre es inaccesible.

RAMIRO.- Para él, sí; pero no olvides que fui acróbata en mis tiempos.

ROLANDO.- ¿Y lo de la puerta misteriosa?

RAMIRO.- ¡Sencilísimo! Sólo tiene cerradura por fuera y funciona al revés.

ROLANDO.- Ya ves tú: uno va edificando un mundo lleno de misterios y todo se reduce a un cerrojo colocado al revés. Del sueño a la realidad...

RAMIRO.- Pero tu realidad es sueño: Silvia te está esperando.

ROLANDO.- ¿Y el tuyo?

RAMIRO.- No te preocupes. Esta aventura también ha dejado algo en mí.

ROLANDO.- No acierto...

RAMIRO.- ¡Un loco amor por los fantasmas!

ROLANDO.- ¿Es posible?

RAMIRO.- Sí. Porque ahora estoy seguro de que existen.

ROLANDO.- Existen... únicamente en tu imaginación.

RAMIRO.- Tal vez. Pero esa es la posibilidad más maravillosa de existir. Existen en mi fantasía... mientras que tú existes en la imaginación de esa niña. Te llamaba en todos sus sueños, te aguardaba... No la hagas esperar más, Rolando.

ROLANDO.- Pero, ¿y tú?

RAMIRO.- ¿Qué quieres? Cuando uno no existe en la imaginación de nadie, no debe de andar muy lejos de dejar del todo de existir.

ROLANDO.- También en la tierra algún ser que te espera, que te llama, que te reclama en sus sueños.

RAMIRO.- Quizás. Corre a buscar a Silvia... ¡Adiós Rolando!

ROLANDO.- Y tú ¿qué vas a hacer?

RAMIRO.- Buscar ese fantástico ser que dices.

(Rolando se aleja. Cuando va a hacer mutis, le detiene la

(voz de su amigo.

¡Espera!

ROLANDO.- ¿Quieres algo?

RAMIRO.- No dejes de decirle que el fantasma la  
hallaba encantadora.

ROLANDO.- Hasta ahora mismo.

(Vase corriendo por donde hizo  
mutis Silvia.

BARON.-

(Aparece por el lado opuesto  
(del foro, seguido de CLARA y  
(de ANICETO; este, vestido de  
(torero.

Aquí nos espera Rolando. Vengan, vengan..

ANICETO.- ¡Ay, Rolando! Con tus saores me estás  
matando...

(Al darse cuenta de Ramiro)

¡Córcholis! Pero si es... el amigo LÁ-  
zaro.

BARON.- ¿Usted?

RAMIRO.- Creo que sí.

BARON.- ¿Usted se ha burlado de nosotros?

ANICETO.- ¡No<sup>he</sup> tomao la cabellera!

RAMIRO.- El señor Barón me contrató para hacer  
de fantasma.

BARON.- Sí; pero no para que nos diera estos sus-  
tos.

RAMIRO.- ¿Sustos, yo?

ANICETO.- ¡Más que un Mihura querido concurdáneo!

(Por el fondo llegan la CONDESA  
(HECTOR y CLEMENCIA.

CONDESA.- ¡Ah! ¿Estás aquí? Me alegro de dar al  
fin contigo...

BARON.- ¡Amadísima hermana!

CONDESA.- Déjate de calificativos que desdoran y  
vamos al prosaico grano. ¿Conque eres el  
autor de toda esta despreciable bufona-  
da? ¿Con que tú has traído a este pe-  
lele

(Por Remiro)

y a este espantapájaros?

(Por Aniceto)

ANICETO.- (Digno)

¡Señora! ¡Que le hago el quite de "la me-  
riposa"!

CONDESA.- (Siempre al Barón)

¿Y eras tú el que osabas suplicarme que  
no estropease el cumpleaños de tu hija?

BARON.- No veo de qué puedes reprocharme.

CONDESA.- ¡De demencia pura!

BARON.- ¿Y no lo son tus síncope, hermana? Yo  
no te suponía tan impresionable.

CONDESA.- ¡Qué impresionable ni qué síncope! ¿Te  
creiste que yo tuve miedo? No sé lo que

es eso.

ANICETO.- Yo, sí.

Condesa.- ¡Yo, no! Mis dos desmayos primeros fueron por el calor. Y si en la terraza este títere...

(Por Ramiro)

...no se hubiese entretenido grotescamente, en regarme lanzando a manos llenas el agua del foso... ¿Se atreverá usted a negar que me puso chorreando?

RAMIRO.- No lo niego, señora.

CONDESA.- ¿Lo estás oyendo? Sin el agua helada no hubiese habido tercer síncope.

ANICETO.- ¡Que la pusiste como un sorbete de manteca! y fresa!

BARON.- (A Ramiro)

¿Por qué hizo usted eso?

RAMIRO.- La señora daba unos alaridos terribles. Estaba muerta de miedo. Yo hice lo que pude para callarla.

ANICETO.- ¡Tú quisiste callarla con la manga-riega!

CONDESA.- ¿Muerta de miedo yo? Me van ustedes a poner nerviosa. ¿Me toman por alguna niña a quien aún asustan los fantasmas?

(Se oyen estridentes gritos interiores.)

BARON.- ¿Otra vez?

CIEMENCIA.- ¡El de verdad!

CLARA.- ¡El viejo!...

HECTOR.- ¡Gontrán de Toucy!

(En este momento, en efecto, se proyecta sobre la fachada del castillo la sombra gigantesca de "el Fantasma".)

CONDESA.- ¡Oh!

(Cae desmayada en brazos de Ramiro.)

BARON.- ¡Que no se mueva nadie!

HECTOR.- La señora Condesa tiene su cuarto síncope.

BARON.- Que la reanimen.

CIEMENCIA.- Se me han agotado las sales.

RAMIRO.- ¡Agua del foso!

CONDESA.- (Dentro de su desmayo)

Agua, no. ¡Que no me toquen! ¡Que estoy bien así!...

FANTASMA.- (Dentro, con su sonido característico.)

¡U-u-u-u-u-u-u!

BARON.- Hay que matarlo, Hector.

HECTOR.- Aquí está el matador.

(Por Aniceto)

ANICETO.- ¡Un demonio! Es mo8ón del izquierdo.

BARON.- Es preciso saber quién es.

HECTOR.- (Avanzando con miedo) hacia don-  
(de se supone que está el Fan-  
tasma.

¡Espera un poco, sinvergüenza!

BARON.- (Idem)

¡Atrás, Contrán de Tóczy!

ANICETO.- (Melodramático)

¡¡Atrás!!

SILVIA.- (Retirando con ROLANDO por el  
lado opuesto.

¡No, padre! ¡No le toques, por favor!

Tú creaste esta noche, para nosotros to-  
dos, un bello sueño. No lo destruyas.

¿Qué nos importa saber si es un fantas-  
ma o no? Deja que creamos que es...lo

que cada uno necesitamos que sea. Concé-  
deme este capricho de niña, antes de com-  
placerte en mi primer ruego de mujer...

(Mira, enamorada, a Rolando,  
que sonríe.

ANICETO.- (Estrechando la mano de Rolan-  
do.

También los hay con suerte, Telesforo.

FANTASMA.- (Alejándose, mientras que su  
(sombra se va empequeñeciendo.

¡U-u-u-u-u-u!...

CONDESA.- (A media voz)

¿Dónde estoy?

ANICETO.- ¡A callar, señora!

RAMIRO.- ¡Punto en boca!

(Tapándole los labios)

HECTOR.- (Echándose las ahora de valiente.)

¡No es Contrán de Toycul! Es un misero ser que huye rastreando...

(Cruza la escena, volando, por delante del castillo, el Fantasma con su renovado grito: (-"U-u-u-u-u-u-u!")

TODOS.- ¿Eh?...

ANICETO.- ¡Tú... mayordomo!...

(Le alarga un objeto)

HECTOR.- ¿Qué es esto?

ANICETO.- Unas gafas. ¡Pa que Dios te conserve la vista!

CONDESA.- (Mientras que se aleja el grito del fantasma.)

¡Que no me toques! ¡Que estoy bien así!...

RAMIRO.- (Sin poder más)

¡Señora!... ¡Señora!... ¡Un poco de formalidad!

(Todos forman cuadro alrededor de la Condesa, menos Silvia)

(y Rolando, que se miran embe-  
lesados, en tanto que cae de-  
(finitivamente el

T E L O N

-----

FIN.

=====